



LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

EPOCA 3.^a—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 31.—Madrid 5 de Noviembre de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »
CURA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	½ ps. fs.
Un año.....	4 »

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 ½ ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica universal*, por D. M. Riera.—*El día de difuntos*, por Blas.—*Los Grabados*.—*Frauc'sco Lenormant*, por D. Le Hir.—*La Universidad*.—*El dos de Noviembre*, por N. A. y M.—*Grandiosa peregrinación al célebre santuario de la Virgen del Camino en León*.—*Patriotismo y abnegación* (continuación), por Esteban Marcel.—*Conocimientos útiles*.

GRABADOS.—*Juan Bautista Dumas, sabio químico*.—*Vista panorámica del ensanche de Madrid por el Paseo de la Castellana*.—*Las carreras de caballos*.

REVISTA

ESCRIBIMOS esta *Revista* el día de ánimas, con el cielo oscuro, la temperatura fría y el clamor de las campanas sonando en el oído como los ecos del sepulcro, donde esperan los muertos el día de la resurrección de la carne. Todo está triste. La naturaleza se asocia á la solemnidad de la Iglesia, la cual dedica este día de otoño á conmemorar los triunfos de la muerte.

En cambio los vivos, los que han de morir, los que tal vez dentro de un año habrán caído en el olvido, no quieren acordarse de los muertos. Acabamos de leer en un periódico que ayer había cola en todos los teatros, y que no hubo uno que no se viese favorecido con inmenso concurso. ¡Excelente noche de ir al teatro para no escuchar el doblar de las campanas, ni las palpitaciones del corazón, recordando el amor perdido de nuestros padres!

Sobre la puerta del cementerio de una aldea vimos hace algún tiempo este cuadro tan sencillo como elocuente, que nunca hemos podido olvidar. Se veía pintada una calavera, y debajo esta inscripción: «Fuí lo que eres; lo que soy serás.»

Estas gentes de la sociedad alegre de Madrid, alta y baja—que por más que difieran en la clase convienen en los vicios—no quieren contar con la huésped, la cual se mete en casa cuando menos se piensa, y no hay arma con que poderla hacer frente. «Antes empieza á morir que sepas qué cosa es vida, y vives sin gustar de ella, porque se anticipan las lágrimas á la razón. Si quieres acabar de conocer qué es tu vida y la de todos, y su miseria, mira qué de cosas desdichadas há menester para continuarse. ¿Qué hierbecilla, qué animalejo, qué piedra, qué tierra, qué elemento no es parte ó de tu sustento, abrigo, reposo, ú hospedaje? ¿Cómo puede dejar de ser débil, y sujeta á muerte y miseria, la que con muertos de otra cosa vive? Si te abrigas, murió el animal cuya lana vistes; si comes, él que te dió sustento.»

Estas palabras, que son, no de un

cartujo, sino de Quevedo en su libro *La cuna y la sepultura*, debieran grabarse en el pórtico, no de las iglesias ni de los cementerios, sino en el de los teatros y lugares de fiestas, para que sirviesen de freno al ímpetu desbocado de las pasiones de nuestro público.

Dice el refrán castellano que el que adelante no mira atrás se queda; y si el pensamiento de lo que hemos de ser es triste, más triste aún debe sermos caer de sorpresa en los abismos de la muerte y encontrarnos desprevenidos en presencia de Dios.

Repitamos, pues, la lección de la calavera: «Fuí lo que eres; lo que soy serás.»

**

Nunca con más oportunidad que hoy podemos hablar del chasco que se ha llevado nuestro Ayuntamiento en el *negocio* del cementerio del Este.

Creyendo hallar una mina se decidió á arrebatarse á la Iglesia el derecho de enterrar á los muertos, y comenzó con afán á abrir sepulturas para buscar el filón apetecido. Pero, ¡oh desencanto de ultratumba! El filón no sale, y el dinero cae en las sepulturas abiertas como las víctimas de una peste.

En una de las últimas sesiones del Ayuntamiento, un señor concejal propuso que la corporación, si

era preciso, cerrase el nuevo cementerio, pues tiene de gasto cerca de 12.000 reales diarios y no llega ni á la tercera parte su producto. El *negocio* no puede ser más ruinoso.

En pocos años se entierra en la necrópolis la Hacienda municipal, que está pereciendo.

¿Cómo puede ser esto, dicen algunos, cuando las Sacramentales se han hecho poderosas con la administración de los cementerios? Pues ahí verán ustedes lo que sucede cuando se quiere negociar con las cosas sagradas. Las Sacramentales cumplen, en nombre de la Iglesia, con la obra de misericordia de enterrar á los muertos; no habían tomado á *negocio* la administración de los cementerios; pero el Ayuntamiento, al convertirse en enterrador, no buscaba el oficio como ministerio de caridad, sino que tomaba el azadón como lo toma un minero para sacar de la tierra tesoros escondidos. Y cuanto más cava, más hondo es el abismo de su ruina.

¿A qué *arbitrio* apelará el Municipio para salir del atolladero? Alguien ha dicho que se pensaba en entregar á la Iglesia la administración del cementerio del Este; pero este expediente no nos parece viable porque no lo aprobaría la Revolución ni le convendría á la Iglesia. Tomar á la Iglesia como se toma un buen administrador que aumente el producto de nuestras rentas, no sería mal *calculo*; pero la Iglesia tiene más alta misión que la de administrar los intereses municipales, y si administra alguna cosa es lo que estrictamente le pertenece, como son sus intereses sagrados y los de los pobres, de quien es tutora por delegación divina.

El arbitrio será otro, ya lo verán ustedes, con el cual se arrebatarán muchos derechos á la Iglesia y se recargará el penoso tributo de la muerte.

De todos modos, se ve claro que la cuestión del cementerio municipal es asunto sobre el que hay que echar mucha tierra.

**

Leemos en un periódico de noticias la siguiente, que acusa un nuevo progreso en nuestras costumbres. Dice así: «Por lo visto aumenta en Madrid la afición al *barraque*. Anoche fueron recogidos dos de estos aparatos en el mismo entresuelo del café de L., donde hace unos días se sorprendió otra partida del mismo juego. El número de los aficionados era anoche mucho mayor. Uno de los aparatos *estaba ya perfeccionado*.

«El Gobernador sometió el asunto á los tribunales.

«Los aficionados á este juego de *pulso*, tan socorrido para los dueños del mismo, esperan que los tribunales le declaren legal para establecerle en varios cafés y tertulias.»

Esta noticia merece algunos comentarios.

El juego del *barraque* es de origen francés, y durante los dos últimos ve-



JUAN BAUTISTA DUMAS.

Nació en Alais el 14 de Julio de 1800; † en París el 11 de Abril de 1883.

ranos ha sido el juego de *moda*, de *tono*, el juego *distinguido* de la *buena sociedad* madrileña en Biarritz. De los salones ha pasado á los cafés, y de aquí á las tabernas no hay más que un paso.

Este es el camino que traen muchas ó todas las conquistas del progreso moderno. Nuestra aristocracia va á Francia á beber el veneno en las fuentes de la corrupción revolucionaria. Viene luego con el veneno en el cuerpo, y lo transmite, por ese contagio seguro que tienen todos los vicios, á la clase media, que se afana en imitar los defectos de los poderosos. De aquí pasa al pueblo bajo, el cual aplica á la novedad las rudezas de su educación y de su carácter. Y vean Uds. cómo la bola de marfil que parecía un dije en manos de unadama elegante, se convierte en una navaja en las manos encallecidas del menestral vicioso y desalmado.

Es muy cierto que el ejemplo de los grandes trasciende fácilmente á los pequeños, y que á medida que se corrompen las primeras capas de la sociedad, se revuelve en el fondo el cieno de las malas costumbres.

¿Qué responsabilidad la de los poderosos que con sus vicios abren en la sociedad el campo, siempre fecundo, de los malos ejemplos!

Si el aristócrata aplaude á Mme. Judic, ¿qué aplaudirá el menestral que no mide los mismos grados de *cultura*?

Aplaudirá el vicio en sus más brutales representaciones.

El *barraque* de Biarritz, objeto de tan *agradables* pasatiempos, será pronto causa de nuevos crímenes.

Y luego... ¡qué horror á la demagogia y al socialismo! ¡Horror á quien sentó las premisas cuyas conclusiones son el asesinato, el robo y el incendio!

**

El ejército ha decidido ponerse á cubierto de la codicia de los especuladores y de los estragos de la libertad de contratación proveyéndose á sí mismo de todos los artículos de primera necesidad. Va á dar la batalla á los tahoneros, carniceros y comerciantes de toda clase de sustancias alimenticias. Si la gana, como es lo probable, ya tenemos un ejemplo que seguir los que padecemos los rigores de la tiranía mercantil, entronizada por la libertad de comercio. Formar sociedades de seguros contra los comerciantes de sustancias alimenticias, y acabar con esa coalición de especuladores codiciosos que nos roban, nos envenenan y nos matan.

El ensayo del ejército será costoso al principio; pero repetimos que lo probable es que salga adelante con su empresa, y que todos los militares, desde los generales hasta los soldados de reserva, coman bien y barato.

De esto nos alegramos, pues no hemos de entristecernos con el bien ajeno; pero nos asalta el temor de que este privilegio pueda convertirse en un nuevo azote para los que no somos militares, y que venamos nosotros á pagar las economías del ejército.

Se invocará la ley de la competencia, como si la experiencia no hubiese demostrado que todas estas leyes de la ciencia económica no son otra cosa que eslabones de la cadena que nos esclaviza á la tiranía del capital y á la libertad del comercio.

Nos complacemos, pues, en que el ejército coma con economía; pero sentiremos que los paisanos paguemos el pato.

La administración pública debe estar por encima de la militar.

**

Cuando se creó la Comisión encargada de estudiar las mejoras que reclama la situación de la clase obrera, dijimos que las personas de la Comisión, en su gran mayoría, no nos inspiraban confianza de acierto.

¿Y cómo habían de inspirarnos confianza los autores y cómplices de los males que se tratan de remediar? ¿Cuándo los lobos han sido garantía de seguridad para los ganados, y el virus un purificador de la sangre?

Los hechos están confirmando nuestros temores. Abierta información entre la misma clase obrera sobre las causas de su malestar, se están celebrando sesiones en el Paraninfo de la Universidad donde, al decir de un periódico ministerial, «se pierde lastimosamente el tiempo y se autoriza una propaganda socialista que nada puede favorecer ni á los obreros ni á nadie». De manera que el remedio viene á agravar la enfermedad, no á combatirla, y se comprende que sea así, puesto que los encargados de confeccionar la medicina son los mismos que están interesados en la existencia del mal.

Una observación hay que hacer á este propósito. Cuando el Gobierno izquierdista creó la Comisión de reformas sociales, creó también otra para el cultivo de los estudios históricos. ¿En qué consiste

que la primera ha tratado de llevar adelante su encargo y la segunda no ha llegado á reunirse?

La explicación nos parece fácil en vista de lo que sucede. De la primera, es decir, de la Comisión de reformas sociales, podía sacar partido la Revolución, como lo está sacando; en cambio de la segunda, de la relativa á los estudios históricos, no podía prometerse más que acusaciones. Por esto ha escogido el camino que podía conducirla á sus fines y ha descuidado el que podía perjudicarla. ¡Con este acierto procede siempre la Revolución!

¿Por qué no habían de hacer idénticamente lo mismo los buenos?

**

El señor Obispo de Avila ha lanzado sus censuras contra el discurso inaugural del presente curso en la Universidad de Madrid, «que, además de estar saturado del espíritu de racionalismo, si bien mañosamente encubierto con el velo de frases ambiguas y de vaga significación, contiene proposiciones contrarias á la fe católica y á la sana doctrina». La pastoral del Sr. Obispo de Avila es un documento importantísimo, que al condenar el discurso universitario condena los derroteros de la enseñanza oficial en España, de la que há tiempo se apoderaron los impíos para minar en sus cimientos el edificio de nuestra antigua y venerable sociedad católica.

Si Dios no lo remedia, con esta obra de corrupción universitaria España está destinada á perecer. ¿Qué frutos podrá dar una generación de ateos?

NULEMA.

CRÓNICA UNIVERSAL



SEGÚN noticias de carácter oficial, está definitivamente fijada para el día 10 del corriente mes la celebración del Consistorio secreto, que se ha tenido que aplazar varias veces por el estado de la salud pública en Italia. El Consistorio público se celebrará dos días después, ó sea el 12. Se sabe que Su Santidad pronunciará una alocución, en la cual protestará nuevamente de la situación tristísima en que se encuentran la Santa Sede y el Vicario de Jesucristo en la tierra.

Dícese que no serán ocho sino nueve los Cardenales que se crearán en el Consistorio, y añádesse que el noveno será un Prelado inglés, monseñor O'Connor.

De confirmarse la noticia, habrá en el Sacro Colegio cuatro Prelados ingleses.

La salud del Padre Santo continúa siendo excelente.

La célebre crisis belga, que tanto escándalo ha producido en Europa, se ha resuelto con elementos de la derecha católica, y en él figura el Sr. de Moreau, que es uno de los más acérrimos defensores de la Iglesia.

Pero aun así y todo, no puede desconocerse que el actual Gobierno no tiene la fuerza y el prestigio del anterior. Contra él han iniciado los diarios liberales una nueva agitación, de la cual se prometen no pocos frutos. ¿Sucederá así? Si no debe esperarse, por lo menos debe temerse.

«¿Qué nos importa, dice el *Echo du Parlament*, que los Sres. Woeste, Jacobo y Malou no estén en el poder, si su obra subsiste? ¿Qué importa que el veneno maldito nos sea presentado en ésta ó en aquella forma? Es siempre el mismo veneno. Precisa separarlo de los labios, y todo lo que no sea esto no es nada.»

Hasta la *Gazette*, que es el más moderado de los diarios liberales, no duda en escribir: «Hemos pedido la derogación de la ley escolar, y se nos da un Gabinete que va á poner todos sus cuidados en mantenerla intacta. Queríamos que los congregacionistas fuesen separados de la enseñanza pública, y se nos impone á su defensor como jefe del Gabinete. Hemos protestado con toda nuestra indignación contra un sistema que tiende á aniquilar la enseñanza pública, y su aplicación es confiada al Sr. Thonissen, según cuyo juicio es éste un sistema demasiado favorable á la enseñanza pública.»

La *Chronique* asegura que el «partido liberal no consentirá que el nuevo Ministerio se conserve en el poder más de tres semanas».

¿Se enteran ahora, los que aconsejaron la concesión á Leopoldo II, del fruto que ésta ha producido? Los católicos están profundamente disgustados porque se ha hecho presentar la dimisión á sus jefes más caracterizados, y los liberales dicen, además de lo transcrito en la *Gazette*, que «el partido liberal no consentirá en dejarse engañar y en tomar este escamoteo por victoria».

Cuéntase que, al despedirse del Rey, díjole M. Malou: «Señor, hace cuarenta y un años que definiendo

el trono y la Monarquía contra los embates del radicalismo, y ya basta.»

Esto indica que el jefe civil del partido maltratado por la persona que más le debe, comienza á comprender que ha consumido la existencia persiguiendo un ideal irrealizable.

Ya sonará en el reloj de la justicia eterna la hora del desengaño para los que han sido y son los principales autores de su propia desgracia.

El 1.º de Noviembre se publicaron en todo el Imperio alemán los resultados de las elecciones del 28 de Octubre. Hélos aquí: Centro católico, 95 diputados y 14 empates; conservadores puros, 68 diputados y 31 empates; nacionales-liberales, 41 diputados y 46 empates; progresistas, 32 diputados y 50 empates; conservadores liberales, 18 diputados y seis empates; polacos, 16 diputados y cuatro empates; alsacianos, 14 diputados y un empate; socialistas, 10 diputados y 25 empates; güelfos, cinco diputados y siete empates; demócratas, dos diputados y seis empates; daneses, un diputado. Como se ve, el Centro católico, con sus amigos los güelfos, marcha al frente de la lista. Ha triunfado en 100 distritos. Además, sus candidatos, con los de los güelfos, están en empate en 21 distritos, con probabilidades de éxito en 12. De este modo, el Centro católico habrá ganado nueve ó diez representaciones en las últimas elecciones para el Reichstag. Aunque menos, algo han ganado los conservadores puros.

El Parlamento imperial consta de 397 diputados; de éstos 235 son prusianos, 48 bávaros, 17 wurtemburgueses, 23 sajones, 14 del ducado de Baden, 15 alsacianos, 19 polacos, y los restantes de alguno de los pequeños Estados.

El resultado, como se ve, ha sido favorable á los elementos conservadores. Sin los católicos no puede tener mayoría el Gobierno. Veremos si ahora se logra la libertad de la Iglesia.

La muerte del duque de Brunswick ha puesto sobre el tapete la cuestión de la unificación, ó mejor dicho, de la absorción de Alemania por Prusia.

El Duque no ha dejado sucesión directa; pero las leyes seculares del Principado que regía llaman al trono al duque de Cumberland, hijo primogénito del difunto rey de Hannover, destronado por Bismarck.

Ahora bien; el duque de Cumberland no ha reconocido el hecho consumado y continúa reivindicando el derecho á la corona de Hannover.

De aquí el veto opuesto por Bismarck á que se respete la ley de sucesión al trono de Brunswick.

Sábase que el jefe del Centro católico, el señor Windthorst, ministro que fué del difunto rey de Hannover, ha salido para Viena con objeto de conferenciar con el duque de Cumberland, al cual, por lo demás, va á parar la mayor parte de la fortuna particular del último duque de Brunswick, y que se calcula en 48 millones de francos.

A presenciar las bodas de uno de los príncipes de Sigmaringen, padre de aquel otro cuya candidatura al trono de España dió pretexto á la guerra franco-prusiana, han concurrido treinta mil personas, debiendo advertirse que la capital del Principado sólo tiene cuatro mil habitantes.

En la misa cantó de tenor un padre jesuíta, hermano del Alcalde, y que ha recibido de Dios una magnífica voz.

Los brillantes de la duquesa Hamilton, una de las personas invitadas, llamaron la atención del mismo emperador de Alemania, que como jefe de la familia presidió la fiesta.

La rama de Sigmaringen es católica, y cuenta varios religiosos y religiosas.

Nada nuevo sobre la conferencia de Berlín. Se esperan los poderes del representante de los Estados Unidos para dar comienzo á las sesiones. No se examinarán los títulos de propiedad sobre las posesiones del Africa Occidental, pero se tratará de regularizar las nuevas adquisiciones.

Un diputado católico de Viena ha presentado un proyecto de ley restableciendo la Universidad católica de Salzburgo. La Comisión parece favorable al proyecto, pero tropieza con el monopolio del Estado en materia de instrucción pública. Se cree, sin embargo, que este obstáculo no es insuperable. En todo caso, esta moción seguirá provocando serias reformas en la instrucción pública. Ya en diversas ocasiones ha tratado el señor conde de Taaffe de llevar á cabo estas reformas, que tan necesarias se han hecho por el carácter que ha tomado la enseñanza oficial en varias Universidades é Institutos de Austria, y siempre ha tropezado con obstáculos que no ha podido vencer. Nos felicitaremos de que esta vez logre llevar adelante su proyecto de reforma

escolar, y que dentro de esta reforma pueda renacer, crecer y desarrollarse la antigua Universidad católica de Salzburgo en bien de la Iglesia y de la sociedad.

Con el propósito de atenuar la mala impresión causada en Berlín, y en particular en San Petersburgo, por el párrafo referente á las relaciones de política exterior del mensaje de la Cámara de Hungría, dicen de Buda-Pesth que en la sesión del 16 del corriente leyó improvisadamente el Sr. Tisza una declaración emanada de Mr. de Kalnoky, ministro común de Austria-Hungría.

En dicha declaración se hace constar que existe una alianza ofensiva y defensiva entre Alemania y Austria, y que Rusia se ha limitado á acceder á las intenciones pacíficas de las potencias aliadas bajo la base del *statu quo* sin tratado ni protocolo alguno.

Se cree que el emperador Francisco José aprovechará la apertura de la Dieta para hacer mención especial de las relaciones que unen á Rusia con Austria-Hungría, con el fin de quitar todo motivo de susceptibilidad á la Corte y al pueblo ruso.

El Parlamento inglés acaba de probar una vez más que, en tratándose de Irlanda, la libertad es entre los ingleses, lo mismo que entre los liberales españoles, un pretexto para hacer ellos siempre lo que les dé la gana.

Hace ya tiempo apareció asesinado en la cama un paisano irlandés. Las autoridades atribuyeron al movimiento agrario la causa del crimen. Se formó el proceso correspondiente y se echó mano á los supuestos ó verdaderos culpables, siendo condenados unos á muerte y otros á galeras.

Entre los primeros figuraba un Myles Joyce, que, según declaración de algunos de sus coacusados y de la suya propia en el momento de morir, no había tomado parte ninguna en el crimen. Fué, á pesar de todo, ahorcado, produciendo su ejecución un efecto deplorable en el país. Tiempo después, algunos testigos confesaron que por salvar su vida habían depuesto contra sus cómplices, y acusaban al Ministerio público de haberles impuesto una falsa deposición á cambio de la vida.

Como se trataba de una retractación solemne, el arzobispo de Tuam pidió á lord Spencer, virrey de Irlanda, que mandase abrir una nueva información para depurar los hechos. El Virrey no accedió á lo solicitado por el Arzobispo en nombre de sus diócesanos. Entonces los diputados irlandeses llevaron la cuestión al Parlamento. Algunos diputados de Inglaterra los han sostenido; pero el Gobierno de Gladstone ha dado por toda razón que debía sostenerse á lord Spencer, y el Parlamento ha negado la autorización para abrir nuevas informaciones sobre aquel sangriento suceso.

No es posible llevar más lejos el odio y la tiranía contra un país.

De la guerra de Egipto hay noticias graves, aunque todavía no están plenamente confirmadas.

Lo que pasa con las noticias de esta guerra es muy singular.

Cuando todos creíamos á Gordon muerto y á Kartúm en poder de los partidarios del Mahdí, resultó que Gordon vivía y que Kartúm continuaba sometido á Gordon, quien de cuando en cuando salía de la plaza para tomar la ofensiva.

Y ahora, cuando todos creíamos á Kartúm salvado definitivamente y á Gordon triunfante, el telégrafo nos anuncia que Kartúm ha caído en poder del Mahdí.

El telegrama que ha causado tan honda impresión en Europa, es el siguiente:

«El Cairo 2.—El general Gordon, con 2.000 soldados fieles que le quedaban, abandonó, según parece, á Khartúm en los primeros días de Septiembre, embarcándose en varios vapores y bajando el río.

»Se añade que, al llegar cerca de Berber, los rebeldes destruyeron á cañonazos la escuadrilla y que entonces el general Gordon cayó prisionero.

»Hace veinticinco días, según dicen los indígenas, que el célebre general está en poder de los prosélitos del Mahdí.»

Hay periódicos extranjeros, y no ingleses, que dudan de que esta última noticia se confirme.

De todos modos, debemos resignarnos á saber con mucho tiempo de retraso las noticias auténticas del Sudán, toda vez que á eso se resignan los más interesados, los ingleses, cuyo Gobierno acaba ahora de repartir como una gran novedad cartas de Gordon fechadas hace dos meses.

La guerra de China sin adelantar un paso.

Las únicas noticias son las de la Propaganda, según las cuales se ha aumentado recientemente el

número de los mártires, puesto que en la provincia de Cantón la barbarie china ha destruido ó saqueado muchas capillas pertenecientes á cristianos, ultrajando indignamente á las mujeres y torturando ó desterrando á los hombres por negarse á adorar á los ídolos. Los Obispos, treinta misioneros y setecientos cristianos procedentes de Cantón, cuyo Virrey es enemigo implacable de nuestra santa fe, se han refugiado en Hong-Kong.

¿Y qué hace Francia, causante de estos estragos de la barbarie china, para reparar el daño de sus provocaciones?

Lo que hace Francia es imitar en su país el ejemplo de los chinos.

La caridad católica, siempre inagotable, ha establecido en Francia multitud de orfanatos, casas de beneficencia, asilos, etc., donde á la vez que se socorre á la niñez y á la juventud, se impide que caigan en las garras de los profesores del laicismo y de la república. Favores tan grandes como éstos quieren anularlos los sectarios apelando á las armas de que ellos se sirven comúnmente. En efecto, no pudiendo penetrar los seides de la república en esos establecimientos de índole particular y privada; no pudiendo sujetarlos á los horrores del laicismo, suponen ahora que en ellos se hace trabajar á los niños, y reclaman que el Estado intervenga para impedirlo con arreglo á la ley de 1874. Por este procedimiento, que tiene por base una falsedad, intentan introducirse en los establecimientos particulares los funcionarios de la República federal. Es una nueva forma de persecución que seguirá sus turnos hasta conseguir, ó la clausura de esos establecimientos, ó la introducción en ellos de influencias de letéreas.

Entre la barbarie de los chinos y la malicia de los republicanos franceses, hay poca diferencia.

En las elecciones generales suizas, la derecha conservadora ha ganado nueve puestos, aunque el cantón de Berna no ha realizado las esperanzas que había hecho concebir.

En Saint-Gall la lista conservadora ha prevalecido sobre la radical.

El triunfo en Friburgo ha sido completo, obteniendo los católicos mil votos de mayoría sobre sus enemigos.

En suma, el radicalismo ha quedado debilitado.

Saliendo de los países de la Europa cristiana, se encuentran hechos muy consoladores para la propagación de la fe hasta en Turquía. Gracias á los esfuerzos de los buenos, son cada día mayores los progresos que el Catolicismo hace en este Imperio. Puede alimentarse además la confianza de que en un período no muy largo toda la jerarquía oficial de la Iglesia cismática entrará á formar parte de la Iglesia católica.

Esto será debido en gran parte á los esfuerzos del nuevo Patriarca cismático, favorable á la unión de los griego-cismáticos con Roma. La Sublime Puerta favorece este movimiento. Ultimamente ha reconocido oficialmente, por la concesión del *berat* de costumbre, á los Sres. D. Miguel Petkoff, Vicario apostólico de los búlgaros en Tracia, y á monseñor Lázar Mladenoff, Vicario apostólico en Macedonia.

Una carta oficial, dirigida por la Puerta á los gobernadores de Andrinópolis y de Salónica, les obliga á reconocer el carácter oficial de los nuevos Vicarios apostólicos. Estos se han dirigido, en efecto, á casa de los gobernadores con una escolta, formada del clero y de las notabilidades católicas, y han sido recibidos con las mayores muestras de consideración y afecto.

Los gobernadores les han entregado el sello oficial que deberán usar en los actos de su gobierno. A causa de este reconocimiento oficial, los nuevos Vicarios apostólicos podrán resistir con éxito á las amenazas de los griegos disidentes y de los emisarios del Exarcado búlgaro. La Sagrada Congregación de la Propaganda ha enviado las más expresivas gracias al Patriarca armenio y al Gobierno otomano.

Por último, de los Estados Unidos nos llegan noticias de inmensa importancia.

El 9 de Noviembre próximo se reunirá en Baltimore el Concilio nacional, del que fué prelude la reunión de Obispos norteamericanos celebrada en Roma el año último bajo la presidencia del Papa.

Se ha elegido á Baltimore como residencia del Concilio, por ser este pueblo el primero del país en que se estableció una sede católica. Presidirá, no el Cardenal Arzobispo de Nueva York, sino el Arzobispo de Baltimore, ya por la gran autoridad de que goza por su virtud, consumado tacto y

probada energía, ya por ser el Ordinario de la diócesis.

La misión principal de este Concilio se reducirá á convertir la *Iglesia de misión* en Iglesia jerárquica, constituida sobre las bases de las decisiones del Concilio de Trento.

Excusamos encarecer la importancia de esta transformación, que formará época en la historia eclesiástica.

Quiera Dios que todo salga como se desea, para que las heridas que recibe la Iglesia de los Gobiernos de Europa se compensen con los triunfos que obtenga en otros países del mundo.

La Iglesia hace hoy resplandecer, como nunca, una de sus notas más características: la catolicidad; es decir, su universalidad, ayudada de las vías de comunicación que el progreso material de estos tiempos obra entre las naciones.

M. RIERA.

EL DIA DE DIFUNTOS



ESTE epígrafe no promete nada nuevo.

Hablar de los difuntos es costumbre vieja, tan vieja como la costumbre de morir.

La vida entera de un hombre que se muriese de viejo, no bastaría para leer todo lo que se ha escrito acerca de esa millonésima parte de segundo que necesita la muerte para apagar la lámpara de la vida.

No esperen ustedes, pues, que me engolfe en consideraciones metafísicas, ni en disquisiciones filosóficas, ni en reflexiones cristianas acerca de la materia, que de la *materia* precisamente se trata al tratar de la muerte.

Lo que voy á decir ofrece, sin embargo, cierta novedad relativa.

Por mucho que ustedes sepan de estas cosas, no pueden saber las que yo voy á contarles. De consiguiente, esto tiene alguna novedad.

Y digo que no pueden ustedes saber lo que me propongo contarles, porque todavía no lo sé yo mismo.

He escrito el título que encabeza estos párrafos casi maquinalmente.

Buscaba un tema de actualidad para esta conversación mental que estoy obligado á sostener con ustedes cada diez días; y escudriñando los rincones de mi memoria, me salió al encuentro éste de los difuntos.

No puede darse asunto de más oportunidad, bien se le mire á la luz chisporroteante de las hachas funerarias que hace dos días ardían en los cementerios de todo el orbe cristiano, bien se le considere al opaco resplandor de la lámpara que alumbra la agonia del moribundo y se refleja en las lágrimas de los circunstantes.

Nada hay tan respetable y tan legítimo como el dolor que acompaña á los seres queridos que se alejan de nosotros hasta la eternidad.

Pero al propio tiempo, ¡qué fondo de egoísmo, qué manifestación de pequeñez y de cobardía se ocultan bajo ese inmenso desconsuelo!

Lloramos por los que *se van*, y no lloramos por los que *vienen*. ¡Monstruosa contradicción de la naturaleza humana!

Lloramos la muerte de los que en este mundo de luchas, de contrariedades, de dolores y de miserias *han vivido muriendo*, y que sólo empiezan á gozar de la verdadera vida, de la vida inmortal, de la vida á que Dios les ha destinado, cuando se desprenden de la grosera envoltura en que está encerrada el alma.

Porque es necesario, para que el alma sea libre allá en el cielo, que el cuerpo quede esclavo acá en la tierra.

Para que el alma pueda llegar á la plenitud de su *esencia*, para que sea *algo*, es preciso que el cuerpo venga al aniquilamiento de su *forma*, á ser *nada*...

Y ahora advierto que cuando, sin pensarlo, me he puesto á hablar de los difuntos, de la *nada*, es cuando precisamente estoy hablando de *algo*.

Pero yo no pretendía ni pretendo hablar de los muertos para hacer llorar á los vivos. Y si lo pretendiese sería lo mismo, porque ni hay en mi muerte, inteligencia arranques de virilidad elegiaca para conmovir el corazón de mis lectores con terribles y pavorosas pinturas de los muertos, ni los vivos que ahora se usan tienen tan irritable la fibra del sentimiento que se ponga á vibrar al contacto de una tosca pluma manejada por un filosofastro indigesto y caduco.

Por otra parte, eso de llorar á secas es de mal gusto. Sólo está admitido en sociedad *llorar de risa*.

Hemos inventado, no la pólvora, que ésa la inventó un oscuro fraile en tiempos todavía más oscuros, sino una palabra *gráfica* (como ahora se dice, abusando del griego lastimosamente) para designar

esos arrebatos de dolor capaces de arrancar lágrimas: á eso lo llamamos *sensiblería*.

Nuestro siglo, eminentemente ridículo bajo muchos aspectos, teme al ridículo más que á la muerte.

En la culta sociedad puede decirse de una persona distinguida: *está de cuerpo presente*, sin que la noticia produzca más efecto que el de una ligera exclamación de sorpresa. Pero no se podría decir de esa misma persona: *está en ridículo*, sin sublevar una tempestad de exclamaciones y protestas.

Por la misma razón se considera de mal gusto en una visita hablar de cosas que exciten en alto grado la sensibilidad, y mucho más derramar lágrimas ó hacerlas derramar á los concurrentes. ¡Cosa más ridícula!

Y por igual motivo, sin duda, en la visita á los muertos se ha establecido la práctica de retirar de la circulación todo lo que, en punto á demostraciones externas de dolor, puede caer bajo la férula del ridículo.

La visita á los cementerios, tal como hoy se realiza en el día de *Difuntos*, es una verdadera visita de cumplido.

La gente, pulcramente vestida, va entrando con gran animación y alborozo en la casa de los señores Muertos, como entraría en la casa de los señores Pérez.

Nada de semblantes compungidos, ni de aspavientos de pena, ni de intermitencias de llanto, ni de congojas, ni de suspiros, ni de zarandajas de sensiblería. Eso se deja para más tarde, para la visita que ha de hacerse por la noche á *Don Juan Tenorio*, que como no es visita de cumplido permite dar desahogo á las tiernas expansiones del corazón, comprimiéndolas en la visita á los muertos.

Allí ya se puede sentir y gimotear y estremecerse ante las conmovedoras escenas de doncellas ultrajadas, monjas seducidas, padres asesinados, libertinos triunfantes, piedras animadas, almas empedernidas, rufianes en ovillejos, tercerías en romance, blasfemias en redondilla, liviandades precoces y arrepentimientos tardíos.

Conozco algunas personas que no van al cementerio porque se asustan, y van al teatro á ver los dramas de Echegaray.

No pueden soportar la tranquilidad de los muertos, y se extasían en la contemplación de las convulsiones epilépticas de los vivos.

Les repugna un cuerpo sin vida, y no se impresionan ante la muerte del alma.

Y no es que esas personas sean de piedra, como el Comendador, quiero decir, insensibles á la pérdida de los objetos de su cariño que duermen *en el seno de la muerte*; al contrario, si hemos de juzgar por los hechos ostensibles, hay que reconocerlas y abrirlas un cuantioso crédito en el gran libro del dolor público.

Será tal vez algo positivista y grosero aplicar un criterio puramente mercantil al examen del corazón humano en el ejercicio de sus facultades *sensitivas*; pero yo no tengo otros medios de averiguar la magnitud del sentimiento que los que penetran en mi ánimo por la puerta de los sentidos.

Cuando veo una mujer enlutada, cubierto el rostro por un modesto velo y que, llevando de la mano á un niño pálido y demacrado, se encamina al campo santo á elevar una oración al cielo y depositar una sencilla corona de flores en la tierra que cubre la humilde fosa de un esposo querido, no puedo menos de creer en la sinceridad de su pena.

Pero esas manifestaciones, por decirlo así, meticulosas y vergonzantes del sentimiento, apenas llaman la atención de las gentes y no tienen derecho á la admiración del público. Son dolores de menor cuantía.

Porque, vamos á ver, ¿qué duelos son esos que se saldan con unos cuantos céntimos invertidos en un ramo de siemprevivas, en un par de velitas de cera ó en un pañuelo blanco de algodón para ocultar unas lágrimas que hasta se dan gratis en el bazar del mundo á todo el que las quiere?

Ya digo: esos dolores son dignos de respeto, pero francamente, resultan demasiado baratos y están al alcance de todas las fortunas.

En cambio, vean ustedes esos otros dolores y aficciones y amarguras, representados en elegantísimas coronas de flores de trapo, que son las flores positivas, puesto que cuestan un ojo de la cara; en soberbias lámparas fúnebres de rico cristal, que parecen lágrimas lloradas por un gigante; en magníficos blandones colocados sobre hacheros que ostentan, encima ó debajo de la calavera simbólica, el escudo blasonado y la corona ducal ó condal, ó cuando menos las iniciales, en gran tamaño, del jefe de la casa á que perteneció el finado.

Deténganse Uds. un momento delante de esa exhibición de juguetes, medallones, muñecas, candeleros, macetas de porcelana, angelitos de escayola,

pensamientos de terciopelo, cromos, acuarelas, cuadros bordados por encargo, y mil y mil chucherías, á cual más deliciosamente fúnebres, que adornan los nichos y atraen á los curiosos espectadores con más razón que los escaparates de bisutería.

Repáren Uds. en el altivo continente de esos lacayos y servidores, vestidos con gran librea de luto, ostentando en el brazo lazos de negro crespón, que indican á la legua el sentimiento del amo que los ha costado, ya que no pueda ser el del criado, que tal vez no conoció al difunto ó que ha sido alquilado *ad hoc*, por su buena estatura y sus excelentes condiciones estéticas, para sentir y llorar por delegación ó por endoso.

Veán Uds., en fin, todo ese aparato fúnebre, ese lujo mortuorio, esa ostentación luctuosa, esas regias viviendas llamadas panteones, que parecen demasiado anchurosas para guardar la descarnada osamenta de un muerto, y que aún resultan estrechas y mezquinas para contener la hinchada vanidad de los vivos.

Pues todo eso está hecho y costado y decorado y alquilado para significar el dolor de los que lo disponen; dolor mucho más caro, y por consiguiente mucho más legítimo, según las reglas que se aplican en el comercio, que esos dolores que se ocultan en el fondo del alma por falta de fondos para exhibirse con alguna decencia.

Aquel lujo aparatoso desplegado para herir la imaginación y fijar las miradas del público, está diciendo á voces:

O, vos omnes qui transitis per viam! Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.

Para los muertos á quienes tales honores se dispensan no se escribieron aquellos versos que la actual generación tiene olvidados:

... y á siete pies de tierra reducido,
y una pobre mortaja en que envolverme,
tendré del mundo el pago merecido.

Bien considerado, y según el rumbo que han tomado nuestras costumbres, no hay nada más alegre que un *día de difuntos*.

Por lo menos esta impresión es la que sacaría visitando los cementerios de Madrid cualquier indígena de la Oceanía que se encontrase de pronto entre nosotros.

Al ver tanta algazara, tanta alegre confusión, tanta impaciente curiosidad; al oír los chispeantes diálogos, las extrañas frases, las francas carcajadas, los agudos gritos, los oportunos chistes con que se comentan algunas inscripciones de las lápidas funerarias, ¿cómo se le haría creer que aquella muchedumbre animada, bullidora, iba allí á orar por los difuntos?

Y si se le hiciese comprender la verdad, me gustaría saber qué concepto habría formado de nuestras costumbres religiosas y qué narraciones haría á sus compatriotas, cuando volviera á su país, acerca de la manera con que aquí conmemoramos á los fieles difuntos.

BLAS.

LOS GRABADOS

JUAN BAUTISTA DUMAS

Juan Bautista Dumas es una gloria de la ciencia y de la religión; tan sabio como católico, pasó su larga vida consagrado al estudio y á la práctica de la virtud.

Nació en Alais el 14 de Julio de 1800. Apasionado desde su juventud por los estudios químicos, marchó á Ginebra á estudiar bajo la dirección del sabio profesor Prevost. Muy pronto, deseando trasladarse á París, obtuvo de su profesor cartas de recomendación para el barón Thenard, y bajo esta alta dirección vió desarrollarse brillantemente el curso de su carrera. El barón le hizo nombrar auxiliar de la Escuela Politécnica y profesor del Ateneo. Bastó el primer curso para que se conquistase el aplauso de sus discípulos y de sus compañeros, y durante quince años formó una generación de sabios discípulos, con los que pobló el Colegio de Francia, el Observatorio y la Facultad de Ciencias. A los veinticinco años se casó con la hija del célebre Bronquart; su casa desde entonces se vió frecuentada por los más eminentes profesores de París.

Hé aquí ahora el párrafo que ha dedicado á Dumas el ministro de Instrucción pública de Francia en el último Congreso científico de aquella capital, que resume los elogios publicados, con ocasión de su muerte, acerca del sabio químico:

«El lugar que él ha ocupado durante más de sesenta años en el mundo sabio, y el vacío que ha dejado con su muerte, cualquiera puede apreciarlos. Como profesor, nadie ha eclipsado su nombre; en la Escuela central, de que fué uno de los fundadores, en la Politécnica, en la Facultad de Ciencias, en la Academia de Medicina, en el Colegio de Francia, prodigó á manos llenas su incomparable saber y su palabra encantadora, dotada de un acento persuasivo que no ha tenido igual entre los profesores de ciencias. Su actividad poderosa no se debilitó ni con los años; fué el honor

de la Academia de Ciencias y el ornamento de la Academia Francesa. En nombre de las sociedades sabias, yo saludo al continuador de Lavoisier, al maestro de Pasteur, á una de las más altas ilustraciones del país.»

Ahora nos cumple hacer aquí el elogio del cristiano. Cuando hubo recibido los últimos Sacramentos se dirigió al sacerdote que se los había administrado, y le dijo: «Os doy gracias por los auxilios de la Religión que me habéis dado, y que son para mí un consuelo supremo. Debo decir que siempre he vivido como cristiano y buen católico. Mis hijos saben, porque se lo he dicho muchas veces, que gracias á la Providencia pude comenzar y llevar á feliz término mis trabajos. Ellos encontrarán entre mis papeles los últimos consuelos en que les exhorto á vivir honradamente y en paz con Dios, nuestro Señor.»

Dumas era el tipo del verdadero sabio: humilde, trabajador, sencillo y profundamente religioso.

VISTA PANORÁMICA DEL ENSANCHE DE MADRID POR EL PASEO DE LA CASTELLANA

Todavía viven muchas personas que han conocido la puerta de Recoletos no lejos de la actual fuente de Cibeles, cerrando por esa parte el radio de Madrid. Hoy este radio, prolongado con el Hipódromo, está ya cerca de tocar en los términos de Chamartín y Hortaleza. En cincuenta años se ha transformado toda esa parte de Madrid, poblándose de hermosos palacios, de inmensas barriadas y de paseos y monumentos artísticos que concurren á su ornato, sin disputa el más esmerado de la Corte.

En la vista que ofrecemos á nuestros lectores pueden verse á vista de pájaro los principales edificios de esta zona, que es hoy la más aristocrática de Madrid, y cuya importancia crece de día en día por el desarrollo de la población en el barrio de Salamanca, por las nuevas calles abiertas en el de las Salesas y por los edificios públicos que comienzan á levantarse en sus alrededores.

LAS CARRERAS DE CABALLOS

Sirve como de complemento á la vista anterior este grabado, que representa una escena de las últimas carreras de caballos en el Hipódromo de la Castellana. La fiesta tiene pocos lances, y por lo que hace á sus inconvenientes no son cosas que están á la vista, sino que pertenecen á los azares de las apuestas, y á las intrigas y trampas de los corredores. En Madrid, como hemos dicho otras veces, este espectáculo no se aclimata; tiene una vida artificial, que le presta la novelaría y el lujo de la *alta* sociedad, ganosa siempre de distracciones y festines.

Como nuestro periódico va á muchos felices rincones de España, donde hay gentes que no tienen ocasión de presenciar estos espectáculos, puede satisfacer su curiosidad la vista de nuestro grabado.

FRANCISCO LENORMANT

I



FRANCISCO LENORMANT, á un tiempo mismo, eminente sabio y cristiano á toda prueba; bajo este doble título es para nosotros interesante su vida, y nos holgaríamos de darla á conocer en este estudio biográfico. Para conseguir este objeto recurriremos particularmente á su correspondencia, en gran parte inédita, que ha tenido su familia la bondad de poner á nuestra disposición.

Nació Francisco Lenormant en París, y su padre Carlos adquirió gran celebridad como crítico en artes, arqueólogo eminente, profesor distinguido y conservador, durante muchos años, de la Biblioteca Nacional, siendo además miembro influyente y siempre atendido de la Academia de las Inscripciones.

Como tuvo harta influencia en los destinos y el porvenir de Francisco, no podemos menos de dedicar algunas líneas á su memoria para demostrar la opinión en que le tenía Mr. Guizot, juez tan competente y sincero, al principio de su carrera científica. «Al llamarle—dice—yo le había profundizado lo suficiente para maravillarme de la fecunda actividad de su talento, de la abundancia y originalidad de sus ideas acerca de las artes, de la variedad de sus conocimientos, de su viva admiración, podría decir, á cuanto existía de bello, y de la elevación así como de la franqueza de todos sus sentimientos...»

Sólo nos falta decir una palabra acerca de sus convicciones cristianas, que databan de la época en que fué encargado de la enseñanza de la historia moderna de la Facultad de Letras de París, y hé aquí cómo él mismo refiere esta transformación: «Hasta entonces sólo había fijado sobre las hechas del cristianismo la mirada indiferente y distraída del hombre mundano; en lo sucesivo necesitaba remontarme á los manantiales y discutir las pruebas con la atención y gravedad que me imponían un deber público. La consecuencia de este trabajo fué progresiva, pero segura. A medida que avanzaba en mi tarea, sentía



debilitarse y desaparecer las prevenciones antirreligiosas debidas á mi educación y á mi siglo. Fácil me fué el pasar de la frialdad al respeto, y éste me condujo á la fe; me sentía cristiano y quería contribuir por mi parte á hacer cristianos¹.

Corría el año de 1824, cuando Carlos Lenormant trabó relaciones en Nápoles con la señorita Amelia Cyvoct, nieta é hija adoptiva de la señora Recamier, de cuyo lado no se separaba nunca; dos años después la señora Recamier asistía en París, el 1.º de Febrero de 1826, al matrimonio de su fiel compañera con Carlos Lenormant, en la pequeña capilla de la Abbaye-aux-Bois.

Tres años después del nacimiento de Francisco, Carlos, su padre, cuyo influjo sobre el talento y los estudios de su hijo debían ser tan profundos, fué nombrado conservador del Gabinete de las Medallas.

Los primeros años de Francisco deslizáronse en aquellas salas de la Biblioteca Nacional, repletas de riquezas arqueológicas, y entre aquellos estantes en que se veían, con la flor de los monumentos de la antigüedad, esas incomparables colecciones de monedas griegas y romanas que causan el asombro de los más indiferentes. Puede decirse que el Gabinete de las Medallas fué en hecho de verdad el gabinete de estudio en el que, en una atmósfera enteramente impregnada de recuerdos y bellezas antiguas, se formó esta inteligencia privilegiada.

Desde su más tierna edad constituyóse su padre en profesor suyo, y bajo la dirección de este sabio maestro fué donde hizo Francisco todos sus estudios. Por lo demás, no era difícil tarea la suya, porque su inteligencia, tempranamente despertada, su memoria desde entonces extraordinaria, su vivísima curiosidad, una gran afición á todo lo antiguo, que sostenían un trato diario con aquellas obras maestras literarias y artísticas, permitieron al profesor el hacer progresar á su discípulo á pasos agigantados. Carlos Lenormant inició á su hijo, cuando apenas contaba seis años de edad, en el estudio del griego, que empezó antes del latín. Al cabo de algún tiempo puso en sus manos textos griegos, que el niño debía traducir durante la ausencia de su padre. Sólo en la rica biblioteca paternal no podía Francisco resistir á su pasión por la lectura, que ya le devoraba; leía cuanto caía en sus manos, con gran detrimento de la tarea que se le había impuesto. Era preciso, sin embargo, por la noche desempeñarla, y el muchacho no vacilaba en hacerlo así; y fijándose en el texto con el libro abierto, explicaba á su padre el pasaje que había tenido que preparar por escrito. Claro es que Carlos apenas tenía valor para reprender á su discípulo su curiosidad y sus lecturas. A las lecciones de padre, que le iniciaban en la literatura griega, añadía Francisco la asistencia á los cursos de monsieur Hase, profesor de la escuela de lenguas orientales, y sobre todo del sabio Boissonade, que le amaba como á hijo.

Carlos Lenormant dirigía los estudios de su hijo con el intento de hacer de él un arqueólogo, y en la apertura de uno de sus cursos trazó el sabio profesor el retrato del arqueólogo tal como lo concebía, fijando en pocas líneas los estudios de Francisco. Presentábase sin detenerse en los estudios clásicos, formándose entre monumentos como entre libros, y sin desdeñar ninguna de las ramas de la filología y de la historia, por la inteligencia de los escritos de Egipto y de Oriente.

Pronto se sintió Francisco atraído á la antigüedad clásica, y su primer ensayo, que apareció en *La Revista Arqueológica*, fué una carta á Mr. Hase, su maestro, sobre las tablas griegas encontradas en Menfis; tenía entonces catorce años. Tres años después publicaba *Le Correspondant* un estudio crítico sobre las inscripciones de la cúspide de las casas de Pompeya, por el P. Garrucci, y poco tiempo después insertaba una Memoria sobre la famosa inscripción griega de *Autun*, relativa al pez como símbolo de la Eucaristía. En estos primeros ensayos no había sido extraña la mano paternal; pero ellos revelaban un ingenio curioso é investigador, para el cual no debía pasar inadvertido ninguno de los problemas científicos de su tiempo.

Por lo demás, no tardó el joven estudiante en volar con sus propias alas, y en 1857 publicó su primer trabajo, propio, bajo el título de *Ensayo sobre la clasificación de las monedas de los Lagidas*, trabajo notable que le valió el premio de numismática en la Academia de Inscripciones.

Complemento necesario de los estudios de Francisco debía ser un viaje á Grecia, en cuyo país debían desarrollarse sus conocimientos arqueológicos, tan extensos ya, hollando con sus pies á cada paso alguna famosa ruína, y donde sus aficiones artísticas

hallarían á cada paso completa satisfacción. Puede, pues, calcularse con cuánto gozo se embarcaría con su padre en el mes de Octubre de 1829. Sería difícil referir cuántas satisfacciones experimentaron padre é hijo en presencia de las bellezas de la naturaleza y de las maravillas del arte griego, así como la entusiasta acogida que les dispensaron los miembros más distinguidos de la sociedad de Atenas.

«No podrías formarte una idea, escribía Francisco Lenormant á su madre, de la manera como hemos sido recibidos aquí; en hecho de verdad, se nos trata como á *testas coronadas*.»

Sucedíanse las excursiones con asombrosa rapidez, y con ellas mezclábanse los banquetes ofrecidos á los dos amigos de Grecia por los personajes más distinguidos de Atenas, que recibían en su seno al hombre que á su admiración por las bellezas literarias y artísticas de la Grecia antigua, había añadido sus votos y esfuerzos para la resurrección de la Grecia moderna.

¡Ah! Este debía ser el último recuerdo placentero de una expedición que había tener un fin tan trágico! En efecto, al llegar Carlos Lenormant á Epidaurá, vióse acometido por una violenta fiebre paltúdica que en breve le hizo exhalar el último suspiro en Atenas, en brazos de su hijo. Francisco refirió en tiernísimas líneas todas las peripecias de esta terrible enfermedad, en que su ilustre padre se mostró tan valeroso, tan tranquilo, y sobre todo tan cristiano.

Su gusto y su celo por las investigaciones arqueológicas avivaron la afición de Francisco á la ciencia, sobreexcitada en este primer viaje tan tristemente interrumpido. Así, pues, se le vió emprender tres veces, en el transcurso de seis años, el camino de la Grecia para continuar allí los apuntes interrumpidos por la muerte de su padre.

En Grecia le encontramos ya en 1860 acompañado de su madre, que ella misma velaba por la salud de aquel hijo que en adelante lo era todo para ella.

Súbitamente difúndese en Atenas un siniestro rumor; los cristianos del Líbano y de Damasco han sido villanamente asesinados por los drusos; se cuentan por miles las víctimas, á las que se ha hecho sufrir los más odiosos tratamientos. El noble corazón de Mr. Lenormant, que nunca se mostró insensible á una causa generosa, deja sin terminar sus tareas científicas y se embarca para la Siria cargado de auxilios para los cristianos y pronto á unirse á ellos para trabajar por su libertad. Pero dejemos que él mismo explique, en su *Historia de los asesinatos de Siria en 1860*, los nobles motivos que le impulsaron á emprender este viaje. «En el mes de Junio del año pasado hallábame en Grecia... cuando llegó á Atenas la noticia de los primeros asesinatos de Siria. Yo disponía de mi tiempo, cuando un buque francés estacionado en Pireo se preparaba á partir para unirse en Beyrouth con Mr. de la Ronciere y con el resto de nuestra estación de Levante. Se me presentaba, pues, una bella ocasión de presenciar de cerca acontecimientos que agitaban profundamente mi alma como la de todos los cristianos y amigos de la humanidad... Yo sabía, por otra parte, que en circunstancias de cierta gravedad un hombre joven y resuelto puede prestar siempre algunos servicios. Pedí, pues, el pasaje á bordo del *Heron*, y partí llevando conmigo el importe de una suscripción abierta en Atenas, llevado por un admirable arranque de caridad al oír el relato de las desdichas del Líbano.»

El espectáculo que le esperaba en Siria no era por lo demás, á propósito para modificar en lo más mínimo las penosas impresiones del corazón de Francisco. Desde Beyrouth escribía á su hermana lo siguiente: «Te escribo en medio de una población expuesta á los más terribles daños y presa de un terror inexplicable. El asesinato de los cristianos ha sido general, desde Beyrouth hasta Damasco por una parte, y por otra hasta Sidón en otro sentido. Ascenden á más de doce á quince mil las personas degolladas... los consulados han sido amenazados; el cónsul de Francia, Mr. de Bentivoglio, se ha visto expuesto á ser degollado en medio del arroyo; muchos cristianos, y hasta dos de nuestras Hermanas de la Caridad, han sido apaleados por el populacho. Habíanse esparcido por todas las calles cruces para obligar á los cristianos á que las pisotearan...» Añádese en este doloroso relato que en la casa de las Hermanas había mil personas entre heridos y fugitivos, con otras atrocidades que la pluma se resiste á relatar. Refería además á su hermana que hacía dos días disfrutaba allí de la mayor popularidad, recibiendo en su habitación diputaciones y visitas, la visita del Patriarca maronita católico, y del Arzobispo griego cismático, y añadía: «Desde que esta mañana he sido insultado, los helenos de Beyrouth han querido formar una especie de guardia ó muralla con sus cuerpos, y no puedo dar paso sin ser escoltado por cuatro ó cinco hombres.»

En el mes de Septiembre de 1863 emprendió monsieur de Lenormant su tercer viaje á Grecia, y pasó cerca de dos meses unido á la sociedad ateniense, que trasladó al hijo las simpatías con que había rodeado al padre. Nosotros hemos podido seguirle día por día en este viaje tan instructivo gracias á la buena costumbre que tenía Mr. de Lenormant de escribir diariamente para su madre, que se había quedado en Francia, el diario de sus investigaciones, de sus visitas y de sus estudios. Sería largo de referir las noticias que contenían estas interesantes cartas, en que daba cuenta á su madre de los más pequeños incidentes de su vida, hasta de las precauciones que aquélla le aconsejaba para conservar la salud en un país tan malsano como el de Grecia; hasta el estado político de aquel país ocupaba su atención, y en una de sus cartas refiere á su madre el hecho ocurrido en Corfú, á cuya Cámara asistió introduciéndose en la tribuna reservada de los extranjeros. Pero notado por el presidente y los dos vicepresidentes, le hicieron bajar con ellos al Congreso y tomar asiento entre los diputados. Levantáronse dos de éstos, y propusieron á la Cámara un decreto de acción de gracias por los servicios prestados á la causa de las Islas Jónicas por Mr. Francisco Lenormant; levantóse al punto la Cámara en masa, y el decreto fué votado instantáneamente por unanimidad. «Rodeado de todos estos honores no sabía yo qué actitud tomar, y profundamente conmovido prorrumpí en llanto... Por la noche los diputados, á cuyo frente venía el presidente, acudieron á traerme el decreto extendido por la mañana en honor mío.»

También en Atenas ocurrió un incidente por haber tomado la defensa del partido conservador, desalentado por haber derribado la Cámara el Ministerio, procurando infundir en los tímidos aliento en un artículo publicado en *La Economía*, en que se dirigían severos cargos al partido revolucionario. Este juró vengarse de Mr. Lenormant, formando grupos en las inmediaciones de casa de un amigo que le había invitado á comer, resuelto á producir un motín, empezando por entregar á las llamas el número de *La Economía* que contenía su artículo.

Después de referir cómo el número de *La Economía* fué quemado al grito de: ¡Abajo Lenormant!, repetido por las turbas, dice éste al referir el hecho á su madre: «En este momento penetré en el café por entre la muchedumbre de los amotinados, y sobre todo de los curiosos, que en número de 700 á 800 hombres se encontraban en sus inmediaciones. Mi entrada fué un golpe teatral que me hubiera alegrado pudieseis presenciar. La estupefacción de estos caballeros fué tal, que, en vez de dirigirme una palabra, todos retrocedieron quitándose el sombrero. Sólo Mr. de D. se acercó á mí, y con semblante asombrado me preguntó: —Pero ¿qué venís á hacer aquí, Mr. de Lenormant?— Respondíle yo: —Me han dicho que íbais á quemarme esta noche, y vengo á asistir á esta pequeña fiesta de familia, que es verdaderamente muy tierna. —Así concluyó esta gran manifestación contra vuestro primogénito.» Esta animosa y resuelta actitud de Francisco Lenormant era muy propia de su carácter, que no pertenecía al partido de los tímidos y miedosos y se burlaba de esos profetas de desgracias tan comunes en las conmociones públicas, que por dispensarse de una actitud que les viene cuesta arriba, esperan y anuncian inminentes catástrofes.

No se crea por esto que las preocupaciones políticas distraían á Mr. Lenormant de sus investigaciones arqueológicas, cuyo centro seguía siendo Eleusis... Cavando la tierra encontró todo el lado derecho de la vía sacra, el lado que daba frente al que este año acaba de descubrirse. Todos los sepulcros hallábanse todavía en pie, en su lugar, y algunos conservaban esculturas verdaderamente de primer orden. Todos los arqueólogos de Atenas pidieron entonces en los periódicos que se desviase el camino unos cincuenta metros para conservar estos monumentos. Mr. de D. se desentendió de todo esto, y la Reina, que le protegía, dióle la razón. «Todo fué entonces derribado y roto —dice Mr. de Lenormant en la carta en que refiere este hecho— y sólo los restos fueron llevados al templo de Teseo. A mi juicio, la Reina merecía perder su corona por haber contribuido á semejante acto de vandalismo.» Siempre atraído por la misma afición á estos estudios, Mr. de Lenormant emprendió su último viaje á Grecia en 1866, y á consecuencia de esta excursión pudo describir las diferentes fases de la erupción de *Santorin* en cartas que vieron la luz en las Memorias leídas en la Academia de Ciencias de 1870.

Estos viajes no impidieron á Mr. Lenormant el pasar la mayor parte de su vida en París, donde, merced á los incomparables tesoros de las bibliotecas públicas, pudo hacer una completa revisión de sus notas y publicar obras importantes acerca de sus investigaciones y estudios. El resultado de este tra-

¹ Carta dirigida á los oyentes del curso de Historia moderna, 1846.



VISTA PANORÁMICA DEL ENSANCHE DE MADRID POR EL PASEO DE LA CASTELLANA.

Ayuntamiento de Madrid

bajo fué la publicación, en 1862, de la importante obra titulada *Investigaciones arqueológicas en Eleusis*. Después de dar á conocer las diferentes clases de pontífices agregados al servicio del santuario de las dos grandes diosas, era natural el estudio de la vía sacra de Atenas á Eleusis, sobre la cual se extendían sus suntuosas procesiones. « Encuétrase en este trabajo — dice un profundo crítico que con tanta justicia ha juzgado la obra de Francisco Lenormant — discusiones topográficas muy bien coordinadas, un profundo examen de las leyendas relativas á los monumentos encontrados, minuciosos detalles sobre la marcha de la procesión, una revista de todos los sepulcros mencionados por los autores como existentes en los dos lados de la vía, así como de aquellos cuyos restos se han encontrado. Todo esto hacía de este volumen, á despecho de la severa modestia del título, una obra variada, interesante y sobre todo extremadamente científica. Mr. de Lenormant volverá aún con entusiasmo á sus estudios de arqueología griega, siendo los más importantes los que consagra al alfabeto, á Baco y á Ceres. Con Baco se entra en el dominio de la mitología; aquí Mr. Lenormant estudiaba el mito de Dionysos Baco en Tracia, en el Asia Menor, en Atenas, y después bajo su forma etrusca y romana. El artículo alfabeto, el trabajo más importante de Mr. Lenormant para el Diccionario, es el resumen de todas las investigaciones hechas á propósito de Eleusis. No podemos concluir mejor que citando esta parte de la vida del sabio profesor, más especial y casi exclusivamente consagrada á la antigüedad clásica.

D. LE HIR.

LA UNIVERSIDAD¹

I

No fué la Universidad obra de la reflexión ó diseño preconcebido de los Reyes ó poderosos como lo fué la enseñanza bajo los Emperadores romanos², sino parto espontáneo de la naturaleza. No le preguntéis su origen: así como el hombre no conserva conciencia del primer momento en que comenzó á existir, ni de los pasos que dió hasta venir á su desarrollo, así la Universidad ni se sabe cuándo nació ni cómo llegó á constituirse tal institución. Hablo de la Universidad en general, y de las tres ó cuatro á lo sumo, si incluimos ésta de Salamanca, de antigüedad más remota; no de las otras que se fundaron cuando las primeras se reconocían y sentían ya como existentes y asombraban al mundo con su maravillosa constitución y sus lumbreras; que éstas, hijas de una bula de los Papas y de unos privilegios de los Papas y de los Príncipes, aparecieron adultas, adoptando los Estatutos, costumbres, maes-

¹ Con más fortuna que la Universidad de Madrid, la de Salamanca ha inaugurado el curso de este año con un discurso importantísimo, debido á la pluma del Dr. D. Santiago Martínez y González, catedrático de Historia y decano de la Facultad de Filosofía y Letras. « Me concretaré, dice en su proposición, á la enseñanza universitaria, respecto de lo cual me propongo demostrar que fué grande mientras fué libre; pero que desde que los Gobiernos la subyugaron bajo el pretexto de protegerla, se halla llena de vicios incurables. Con motivo de desarrollar este lema, el Sr. Martínez traza á grandes, pero luminosos rasgos, la historia de la grandeza de las antiguas Universidades. El asunto es tan interesante, que hemos creído deber reproducir esta parte del discurso.

² Hasta los Emperadores no se conoció en Roma instrucción pública propiamente dicha. El primer maestro asalarado por el gobierno fué Quintiliano. (Eusebio, Chr. d. CXXV.) Adriano fundó un edificio para la enseñanza de las letras y la elocuencia. (*Athenaeum, ludum ingeniarum artium, primus constituit*. Lampr. in Alex., p. 125.) Marco Aurelio estableció en Atenas maestros de toda especie de doctrina, y por consiguiente, de Filosofía, que hasta entonces parece que era mirada con cierto recelo por los Emperadores. (Dio. Cass., ed. Reim., p. 1191.) Estos profesores, al decir de Libanio (Orat., t. II, p. 91), no sólo recibían sueldos sobre el fisco, sino también retribución de sus oyentes. Las ciudades comenzaron entonces á tener escuelas pagadas con fondos municipales. Teodosio el Joven organizó la instrucción en Constantinopla en los pórticos del Capitolio, estableciendo tres profesores de elocuencia latina (*oratores*), veinte de literatura griega y latina (*grammatici*), uno de Filosofía, dos de derecho escrito (*qui juris ac legum formulas pandant*), y parece que este Príncipe fué el primer monopolizador de la enseñanza, pues prohibió, bajo pena de destierro y de infamia, abrir escuelas por cuenta y riesgo de los particulares. (C. theod. XIV, tit. IX, p. 3.) Juliano, sin embargo, había ya cerrado las escuelas de los cristianos y sometido á los maestros á la aprobación del Municipio y confirmación de la Cancillería. (Cf. Conring, *Antiq. academicae*. Diss. III. — Naudet, *Sur l'Instr. publique chez les anciens*, en el t. IX de las Memorias de la Acad. de Inscrp. y Bellas Letras de Francia.)

tros de la de París, Bolonia, Oxford ó Salamanca³. Nacidas en unos tiempos rudos, pero grandes y admirables, cuando ningún elemento extraño á la enseñanza influía en su desarrollo, son un fiel trasunto de su tiempo y de sus hombres. Era aquél el tiempo de las creaciones espontáneas; el tiempo en que el individualismo cedía su lugar al espíritu de asociación; el tiempo en que comenzaba á desaparecer el sistema feudal, se organizaban los gremios, aparecían los comunes, se fundaban las Ordenes religiosas, se asociaban los trovadores y juglares. Rudos los hombres de entonces, pero vírgenes de expresiones y de experiencia, y embriagados de las grandes ideas, respondían dócilmente á las sugerencias de la verdad que los poseía, acometiendo y llevando á cabo empresas que, si se atribuyesen á la reflexión fría, habría que relegarlas en la historia á la región de las locuras. Nacieron cuando no existía en la Europa otra enseñanza que la que se daba en las escuelas eclesiásticas⁴. Al abrigo de la de París acudieron maestros que, como Abelardo, la hicieron una terrible concurrencia⁵. La

¹ Estas Universidades posteriores, sin embargo, nos sirven de base para conjeturar lo que fueron las primeras. Como hijas de la reflexión, no se ve en ellas esa variedad que resalta en las obras de la naturaleza: en todas existía una plena uniformidad. Su fundación recae en los siglos XIV y XV; es decir, en la época de la decadencia de la Universidad primitiva, careciendo la mayor parte de la superabundancia vital de ésta. El Derecho romano y el Renacimiento corrompieron ya á muchas, y sus frutos en algunas fueron nocivos: en Praga, la doctrina de Huss; en Tubingen, Heilberg y Ehfurt, el joven humanismo alemán.

² Cuando decimos que no existía en la Europa, al nacer la Universidad, otra enseñanza que la que se daba en las escuelas eclesiásticas, no queremos significar que sólo ciencias eclesiásticas se enseñasen. Como el cristianismo funda su propagación y conservación en la enseñanza («Ite, docete...», — «Quomodo credent sine praedicante?»), existía, no obstante la rudeza de los tiempos, un plan vastísimo, el primero que se registra en la historia, de educación general del pueblo. La instrucción entonces se recibía: la superior, en las iglesias catedrales y en los monasterios, comprensiva de todos los ramos del saber: Física, Medicina, Geodesia, Geografía, Historia, Literatura clásica y Teología, constituida, como es natural, en base de la educación de los que se dedicaban al culto divino; la romántica, poética y guerrera para los caballeros, en los castillos; para las doncellas nobles, en los monasterios de mujeres; en los monasterios, en las parroquias y en las ciudades, para el pueblo, así para niños, como para niñas (Dittes, *Gesch. der Erzieh.* 116). — El plan de estudios de todas estas escuelas era el de Casiodoro. Las escuelas populares respondían al fin de los antiguos catecúmenos; pero además de la catequesis enseñaban el *trivium*, gramática (lectura y escritura), aritmética (cuentas) y música (canto), llamándose por esta causa *triviales*. Ellas, extendiéndose hasta las más insignificantes aldeas, dan un mentís á los protestantes, que afirman que hasta Lutero no hubo escuelas populares; las hubo y gratuitas: *Presbyteri*, dice Teodulfo, obispo de Orleans, en tiempo de Carlo-Magno, *per villas et vicus scholas habeant, et si quilibet fidelium suos parvulos ad descendas litteras eis commendare vult, eos suscipere et docere non veniant, sed cum summa charitate eos doceant attendentes illud quod scriptum est: Qui autem docti fuerint fugebunt quasi splendor firmamenti... Cum ergo eis docent, nihil ab eis proetii pro hac re exigant, nec aliquid ab eis recipiant, excepto quod eis parentes charitatis studio sua voluntate obtulerint*. (Theodulfo, *Capitul.* § 20.) — El impulso á las escuelas monacales le dieron los benedictinos. Sus monasterios, dice el protestante Dittes (*op. cit.* p. 98), hermosearon el suelo de Alemania, convirtiendo las selvas en tierras cultivadas y eran granjas modelos de agricultura, sitios de refugio á los perseguidos y desamparados, ejemplos de paz y de mansedumbre, escuelas de toda clase de artes, tanto serviles como liberales; políticos, guerreros, altos dignatarios de la Iglesia, no menos que los aldeanos y la clase media, todos encontraban gratuitamente en sus escuelas elementales, medias y superiores, instrucción acomodada. «Era una costumbre muy célebre de los monjes benedictinos», dice Trithemio (*Crónica Hirsauensis. apud Coring Antiquit. academ., suppl. 32*), tener escuelas en casi todos sus conventos. A su cabeza ponían, no seglares, sino monjes distinguidos por sus costumbres y erudición, hábiles en las letras divinas, é instruídos en las Matemáticas, Astronomía, Aritmética, Geometría, Música, Retórica, Poesía, y todas las demás ciencias de la literatura profana. Muchos de ellos conocían así la lengua romana, como la griega, hebrea y arábiga, etc. Dividíanse los discípulos de los monjes, en interiores y exteriores, viviendo los unos en clausura, destinados la mayor parte á la profesión, y los otros, laicos y clérigos, fuera de clausura. Finalmente, las escuelas-catedrales recibieron un grande impulso con la fundación de los Cabildos por el prelado de Metz S. Chrodeghango. Uno de los canónigos recibió el encargo de dirigirlos bajo el nombre de *Scholasticus*, *Capischola* ó Maestrescuela; otro, el Chantre, tomó á su cargo especial las triviales. Las escuelas catedrales cerraron, andando el tiempo, sus aulas á los legos cuando éstos encontraban ya muchas facilidades de instruirse en las parroquias, colegiatas, monasterios, colegios, etc., convirtiéndose en seminarios del sacerdocio. (Cf. Riancey, *Hist. de l'Instruction publ. en France*, t. I. — Weiss, *Weltgesch.*, t. II, página 663.)

³ En el siglo XII el movimiento científico era activísimo. «No había ciudad ni aldea, dice Gaiberto de Nogent (*Gesta Francorum*, l. 1), en donde no existieran escuelas de

fama de los maestros atrajo á los estudiantes, y la necesidad hizo á maestros y estudiantes formar compañías para proteger sus intereses y procurarse satisfacción de los atentados á su libertad, á la manera como se agenciaban los sastres, los tejedores, etcétera, para la defensa de la suya y promoción de su industria. El nombre de *Universitas* no significó en un principio sino compañía, gremio ó cuerpo de escolares, incluso maestros y discípulos; y cuando estas compañías fueron reconocidas como tales por la autoridad civil, exclusión del cuerpo de escolares de la jurisdicción ordinaria y permisión de gobernarse á sí mismas⁴. Estaba, pues, compenetrado el espíritu de libertad con la vida misma de esta corporación, de la cual no es posible separarle sin que la Universidad se destruya.

Cuál fuera en un principio la organización que se dieron á sí mismas estas agremiaciones de la sabiduría⁵, se ignora. Parece que la entrada era voluntaria y sus miembros se auxiliaban mutuamente, siendo todos camaradas en conformidad con el principio de libertad de la enseñanza, y hallándose todos dotados de iguales derechos; todos, maestros y discípulos, eran *escolares*, viéndose aquí prácticamente el principio *docendo discimus*⁶. Al contrario, si alguna preeminencia se vislumbra á través de la oscuridad que envuelve á aquellas antiquísimas Universidades, viene á favorecer á los discípulos. Esto al menos se conjetura, puesto que todavía en el siglo XVII el Rector en Salamanca y los Consiliares eran elegidos entre aquéllos⁷: eran también los que elegían catedráticos⁸. Todo lo cual daba al cuerpo y discípulos docente ardor y entusiasmo indescriptibles, y al de los que aprendían la dignidad y peso que se revela en los Estatutos mismos de las Universidades⁹. Así como en la Universidad residía la potestad legislativa, también radicaba la judicial: sus miembros no tenían otros jueces que los académicos¹⁰. Pero aparte de esta independencia, ¿de

gramática, la cual era estudiada hasta por las gentes de más baja extracción. «En donde el movimiento de maestros y estudiantes era mayor, fué en París, á la que se llamaba la *ciudad de las Letras*. La historia de Abelardo es un retrato fiel de la enseñanza precursora de la Universidad.

¹ El nombre de *Estudio general* significa, no tanto que aquellos establecimientos abarcaban las cuatro Facultades, cuanto que los graduados eran reconocidos por tales en toda la cristiandad y tenían derecho de enseñar en todas partes. (V. la bula de Urbano V (1384) al duque Alberto de Austria sobre la Universidad de Viena en Raumer, *Universitäten*, fünfte Aufl. 1882, p. 8.) Por lo demás, su organización fué lenta. Exenta primero del fuero ordinario (hablamos de la de París), no obtuvo hasta la época de Inocencio III la facultad de nombrar un procurador que la representase. (Decret. Gregor. *Quae de procurat.*) Desde entonces quedó ya sustraída á la autoridad del Canciller ó Maestrescuela, aunque no en cuanto á la *licencia*, que subsistió por toda la historia hasta Lutero en todas las Universidades. Nombrado procurador, la asociación dió principio á la obra de sus Estatutos comenzando por el traje, orden de las lecciones, funerales, etc., y continuando, con el tiempo, por la edad hábil para la *licencia*, condiciones, estudios, conducta, etc., libros, etc. Gregorio IX, en bula de 4 de Abril de 1231, acabó propiamente la constitución de la compañía, y desde aquella fecha los historiadores datan su existencia formal. — El mismo Papa, en 1237, la eximió de la jurisdicción canónica del ordinario, é Inocencio IV hizo perpetua esta concesión.

² Cf. Meiners, *Gesch. der hohen Schulen*, t. I, ps. 8 y 9, quien, sin embargo, contra todos los que han escrito la historia de las Universidades, afirma que estas corporaciones se formaron fuera de la Iglesia.

³ Esta confesión de rangos, así como el principio *docendo discimus* que resaltaba en ella, se veían manifestamente en la universidad de la Facultad de Filosofía, llamada comúnmente de los Artistas, que estaba formada por un cuerpo de escolares numeroso que aprendía y enseñaba á la vez, soliendo sus maestros ser discípulos de las Facultades superiores. (Bischer, *Gesch. der Universität Basel*, Basilea 1860.)

⁴ En esta Universidad se elegía el Rector un año del reino de León y otro del de Castilla entre los estudiantes del gremio de la Universidad que no pertenecieran al Cabildo catedral, ni fueran capellanes, párrocos, catedráticos, colegiales, etc. Los ocho consiliares habían de ser estudiantes matriculados y residentes en la Universidad desde un año antes de la elección. (*Estatutos*, h. 1.)

⁵ Mas tarde ellos los nombraban. Votaban los estudiantes mayores de catorce años que hubieran estado matriculados en la cátedra objeto de la oposición, ó lo estuvieran en aquel año, con tal que no fueran licenciados, doctores ó maestros. Los votos se calificaban. (*Estatutos*, h. 1.)

⁶ Janssen, *Gesch. der deutsch. Volkes*, t. I, p. 76.

⁷ Los jueces civiles eran declarados incompetentes, como significando que la fuerza es desproporcionada á la razón. «Otro sí mando, dice San Fernando en el privilegio de la Universidad de Salamanca (1243), que los escolares vivan en paz é cuerdamiente, de guisa que non fagan tuerto nin demás á los de la villa, é toda cosa que acaezca de contienda é de pelea entre los escolares ó entre los de la villa é los escolares, que estos que son nombrados en mi carta lo hayan de ver ó de enderezar: el Obispo de Salamanca é el Dean é el Prior de los Predicadores é el Guardiano de los Descalzos é D. Rodrigo é Pedro Guigelmo..»

En cambio el justo la mira como un tránsito hasta el cielo, como el bien porque suspira, que tan sólo el cielo inspira valor, aliento y consuelo.

Nunca ve á la muerte el justo acercarse con dolor y con aparato adusto: oye en sus brazos con gusto dulces cánticos de amor.

Y es que Dios hasta él desciende de su mansión purpurina; que el bueno no más comprende, y su alma hasta el cielo asciende con su música divina.

Alzan tu amor en sus cantos los celestes trovadores, y endulzas penas y llantos, que eres el rey de los Santos y el Señor de los señores.

Ojalá, cuando sereno piedad á tus pies demande, diga el mundo de fe lleno: Señor, tú sólo eres bueno; Señor, tú sólo eres grande.

II

Señor, Señor, de tu bondad no dudo: dudo de mí, que con pasión te amé; confío en tu clemencia, y á tí acudo... escúchame, Señor, escúchame.

Del católico mundo las campanas al aire arrojan su doliente son, odiar haciendo nuestras pompas vanas, que envenenan del hombre el corazón.

Llora la Iglesia á sus difuntos hijos, madre amorosa orando sin cesar, y en tu trono, Señor, los ojos fijos ruega á los pies del bendecido altar.

Yo uno á los suyos mi ferviente canto del templo augusto entre la débil luz, y á mis pupilas se aglomera el llanto y de hinojos me inclino ante la cruz.

Aun el astro luciente desprendía sobre agostadas flores su esplendor, y en Tí pensando, á Tí se dirigía un triste anciano, padre de mi amor.

Con respeto profundo te ensalzaba venerando tus glorias más y más, y cual Santa Cecilia, te alababa de su afinada cítara al compás.

En el silencio de la noche oscura, ó del sol al reflejo ya al morir, un órgano sonaba con dulzura música arrobadora haciendo oír.

Música sin igual que conmovía y á otro mundo lanzaba al corazón, centro de luz, encanto y armonía, asiento de la bella inspiración.

Era el modesto trovador que al cielo cantos pedía con ardiente fe... Tú, Señor, le otorgaste ese consuelo... Escúchame, Señor, escúchame.

Infatigable apóstol de tu gloria, en la vida descanso no gozó; modestia y honradez forman su historia, que limpia con sus cantos nos dejó.

Con sus cantos, emblema de esperanza, consolador y límpido fanal que á otra esfera mejor el alma lanza libre de esta mazmorra terrenal.

A esa azucena de celeste aroma, del cielo guía, de la tierra luz, que como aurora del amor asoma mostrando al hombre la divina cruz.

A esa madre de madres afligidas, de hijos sin madre, presas del azar, él dedicó sus notas más sentidas, su fe, su inspiración, su bienestar.

El en sus ojos su última plegaria á esa Virgen alzaba con fervor,

y aún parece en su tumba solitaria que resuena su cántico de amor.

¡Misericordia, gran Señor, te pido; ten de él misericordia y ten piedad; esclavo de tu ley, siempre ha rendido loor á tu justicia y majestad!

¡Para todos los seres que murieron misericordia, oh Dios, y compasión! ¡Por los seres amados que ya fueron, mi súplica recibe y mi oración!

N. A. y M.

GRANDIOSA PEREGRINACIÓN

al célebre santuario de la Virgen del Camino, en León.



ON este epígrafe ha publicado el último número del *Boletín eclesiástico* de León una relación entusiasta de la gran manifestación religiosa que tuvo lugar en aquella ciudad el día 8 del pasado Octubre. El señor Deán de aquel Cabildo, D. Luis Felipe Ortíz, que es un sacerdote celosísimo, tomó, de acuerdo con el muy Ilmo. Sr. Vicario Capitular, la dirección de esta empresa, y los resultados han excedido á sus esperanzas. Una inmensa multitud, á cuya cabeza marchaban las autoridades de la ciudad y muchos funcionarios de las diversas clases del Estado, se dirigió al santuario del Camino en la mañana del día 8, y todo el día lo pasó consagrada al culto de la Santísima Virgen, que fué solemnisimo.

No siéndonos posible entrar aquí en pormenores, ni dar cuenta del sermón del Sr. Urrea, que predicó por la mañana, copiaremos lo que dice el *Boletín* de los cultos de la tarde:

«Por la tarde se cantó el Santo Rosario, y al fin de cada diez las estrofas correspondientes del himno del Sr. Ortíz:

¡Cristo vence! Su triunfo es la vida;
¡Cristo impera! Su ley es el bien;
¡Sólo Él reina! Su gloria es cumplida
En el cielo y la tierra también.

»En seguida subió á la cátedra del Espíritu Santo el M. I. Sr. Deán.

»El Sr. Ortíz comenzó parafraseando las palabras del real Profeta: *Haec dies quam fecit Dominus, exultemus et laetemur in ea*; y en efecto, la presencia de un espectáculo tan sublime como el que ofrecía aquel vastísimo campo, en que se alzaba el trono de la Santísima Virgen bajo pabellones improvisados, y rodeada de miles y miles de hijos que la aclamaban, á la sombra de los inhiestos pendones gigantescos que ondeaban por todo lo ancho de aquel grandioso escenario, no podía menos de grabar en el alma para siempre la memoria gratísima de aquel día, que con razón calificó el orador como uno de los más grandes regalos que Dios nos hará en la vida. Su vehemente palabra exaltaba el corazón de sus oyentes al pintar la gloria de aquel estupendo homenaje rendido á Dios en presencia del mundo que le ofende con insolencia, y de la evidente complacencia con que Dios recibía aquel desagravio, deducía confiadamente los frutos que debíamos esperar en beneficio nuestro, de la Iglesia y del mundo. Desde la altura de las consideraciones á que se elevaba, nos señaló aquellas sociedades pasadas, florecientes y dichosas á la sombra de la Iglesia y penetradas del espíritu cristiano, y exhortaba á pedir con fe y con instancia á Dios, que lo puede todo, y á María, que todo lo alcanza, que el espíritu de fe y el ardor cristiano de los peregrinos penetren en el alma de nuestros gobernantes, haciendo de ellos los hijos más fieles de la Iglesia y los primeros discípulos del Evangelio, que enseñen á todos los españoles á ser verdaderos cristianos. Entonces, decía, entonces sí que entraríamos de lleno en posesión de la hermosa libertad verdadera, que es la libertad de la verdad y del bien, única dicha y la sola felicidad de las sociedades.

»Al descender de estas provechosas consideraciones á la triste realidad en que nos hallamos, nos mostró á la Iglesia oprimida en muchos parajes del mundo, y al jefe de ella despojado y doliente en el abandono y olvido con que yace en el encierro donde se halla confinado. El alma sacerdotal del orador se enardeció vivamente, y haciendo memoria de la muestra de amor que nos hiciera el Papa en el telegrama de aquella mañana, conjuró al inmenso auditorio á pedir por la perfecta liberación

1 El día estaba delicioso á pesar de lo avanzado de la estación.

del Papa. Esta cuestión, decía, no puede sernos indiferente. La perfecta independencia de Su Santidad afecta á la sustancia de nuestra religión y al plan divino de la Iglesia, porque si el Papa no es perfectamente libre, tampoco es libre la predicación del Evangelio en el mundo, ni el gobierno de la Iglesia está garantizado. Se trata, señores, añadía el señor Deán, de la gloria de Dios y la salvación de las almas, y la salvación de las almas y la gloria de Dios están por encima de toda consideración humana: reyes y pueblos, poderes y consejos, todo está sometido como subalterno á este supremo fin del hombre y soberana aspiración de las sociedades cristianas. La voz del señor Deán fué sofocada por el grito de la inmensa muchedumbre, que vitoreaba al Papa.

»No estuvo menos feliz el señor Deán al depositar á los pies de la Santísima Virgen el lujoso estandarte que ofrecía á la Señora la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, como recuerdo de amor á su piadosísima Madre. El Sr. Ortíz hizo la entrega de aquella insignia de los peregrinos, pronunciando frases elocuentes y alusivas al acto.

»El muy Ilmo. Sr. Vicario Capitular, que tenía su corazón embriagado de santo júbilo al ver las reiteradas demostraciones de devoción á la Virgen y de amor al Papa por parte de los romeros, aprovechó tan excelente ocasión de dirigir su autorizada palabra á la multitud de fieles que le rodeaban, y los exhortó con gran fervor y unción evangélica á que no quedasen estériles las hermosas manifestaciones de fe que habían dado en aquel día memorable, sino que influyesen eficazmente en la mejora de las costumbres, recomendando encarecidamente el exacto cumplimiento de los mandamientos divinos, pues en éstos se hallaba la única solución de los problemas relativos al individuo, á la familia y á la sociedad. «Cúmplase, decía, por todos la ley santa del Señor; cúmplense los mandamientos de la Iglesia, y con esto quedarán resueltas todas las cuestiones sociales, desde la más alta cuestión diplomática, hasta la más insignificante cuestión de familia; sólo en la ley de Cristo se halla el remedio de los males que nos afligen.» Insistió con especialidad en que desaparecieran por completo las blasfemias y la profanación de los días festivos, concluyendo con una calurosa felicitación al clero, á la Congregación y á todos los demás romeros por el gratísimo espectáculo que habían ofrecido á los ojos de Dios, de los ángeles y de los hombres.

Aquellos elocuentes discursos inflamaron de nuevo el entusiasmo religioso de los peregrinos, que prorrumpieron en vivas á la Iglesia y al Papa.

Su Santidad envió su bendición á los peregrinos, que al recibirla, transportados de gozo, prorrumpieron en atronadores vivas á la Iglesia y al Papa.

Estas hermosas manifestaciones de la piedad española, llenan de júbilo el corazón y de risueñas esperanzas el alma.

PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)



Los dos jóvenes aprobaron mucho esta proposición, que daba más gravedad á su mutua promesa, y al día siguiente toda la familia fué á la iglesia más cercana, la de la aldea de Mlynck, que pertenecía á la madre de Tadeo.

El anciano sacerdote, que había bautizado á Alina, bendijo los dos anillos y se los presentó á los jóvenes, conmovidos y pensativos ante el altar. Después unió sus manos en las suyas, y pidió para ellos las bendiciones del cielo con oración tierna y solemne.

Pero la afectuosa benevolencia del cura, la alegría franca del señor de Sawinski y el poder de su afecto no impidió, sin embargo, que los prometidos quedasen graves y silenciosos en ese día que debería haberles dado tan brillantes esperanzas y promesas tan dulces. Tadeo veía pasar como en un sueño los escuadrones asesinos y la muchedumbre desolada corriendo por las calles ensangrentadas de Varsovia; Alina llevaba, por la primera vez en su vida, el crucifijo y los vestidos de luto, símbolos del gran luto nacional.

En la noche de aquel día le entregaron á Tadeo una carta de Witold. La había traído un mensajero de confianza, y no contenía más que estas palabras:

«Parto para los preparativos del negocio en cuestión: por eso no nos veremos todavía.

»Sin duda sabéis lo que ha pasado; hemos quedado muy contentos al ver que nuestro buen pueblo es valiente, y que para una víctima encontraremos cincuenta combatientes.

»Por el momento, hé aquí lo que hay que hacer: esparcir todo cuanto se pueda la noticia de los sucesos de Varsovia; animar á las mujeres á vestirse de luto, á los hombres a reunirse y á desear la venganza, á los sacerdotes á sostener el movimiento popular y á rogar por el país. Hoy no nos hace falta más que prudencia y celo, juicio en esperar é inteligencia en los preparativos.

»Más tarde pediremos fe en el éxito, confianza en nuestras supremas decisiones y el desinterés llevado hasta la abnegación.

»Y todo esto será necesario y sagrado, porque se hará por la patria. Esta es nuestra seña y nuestro adiós. = Vuestro, *Witold*.»

SEGUNDA PARTE

BATALLAS

VI

El verano de 1863, del cual conservará mucho tiempo la Polonia un heroico y doloroso recuerdo, fué notable por la hermosura de sus noches sin nubes, de sus días de sol. Parecía que la naturaleza quería burlarse ó dulcificar la rabia de los combatientes echándoles en cara su eterna sonrisa, extendiendo sobre sus cabezas sus bóvedas de hojas y sembrando bajo sus pies sus tapices de hierba y de margaritas, cama tan verde y tan suave para los muertos.

En uno de estos hermosos días del fin de Julio, dos jóvenes se paseaban en la terraza de un bastión que formaba parte de los trabajos avanzados de la fortaleza de M.*** El sol, rojo y bajo en el horizonte, enviaba un rayo oblicuo sobre las almenas de la ciudadela y hacía resplandecer con un rayo dorado, aquí la punta de una lanza, allí el hierro de una bayoneta; más lejos, el casco de cobre de un soldado. En los campos, en los alrededores, estaba todo tranquilo en este momento; sólo se despertaban algunas cigarras en la verdura de las escarpas, ó de cuando en cuando un lejano redoble de tambor rompía el solemne silencio que de ordinario acompaña al crepúsculo.

Los dos hombres, apoyados en el parapeto de piedra, habían estado silenciosos mucho tiempo. Los dos eran jóvenes, esbeltos y vestían el uniforme de oficiales rusos. El de más edad se hacía reparar por su tez curtida y sus espesas patillas negras; después de haber examinado el camino, que se perdía en el horizonte, se volvió súbitamente á su compañero y le dijo con impaciencia:

—En verdad, capitán Ignatiew, es menester ser débil como lo es mi padre para permitir semejantes calaveradas en estos momentos.

—Es verdad que la señorita Alejandra es muy valiente —respondió sonriéndose el capitán, guapo muchacho con tez rosada y bigote castaño.

—Demasiado valiente —respondió su interlocutor.

—Y que el coronel Nebutoff es demasiado tierno con ella...

—Demasiado condescendiente —repitió el segundo oficial con tono de mal humor.

—Pero sería difícil que no fuese así. ¿Se puede rehusar alguna cosa á la señorita Alejandra? ¿Quién puede tener más gracia y seducción que ella? ¿Quién sabe vencer y encantar como ella? Ud., que es su hermano, debéis admiraros menos que nadie de la ternura del coronel, porque sabéis que en vuestra hermana está la alegría de la casa.

—¡La alegría!... ¡Pero también el honor! —replicó el joven Nebutoff, paseando por el bastión con aire sombrío — y no sé, en verdad, lo que se podría decir si encontrasen á mi hermana, acompañada por un criado y un cosaco, corriendo por los caminos en tiempo de guerra cuando tiene gana, como ella dice, de dar una vuelta por los bosques. Estas calaveradas no sólo son peligrosas para su reputación, sino también para su vida. ¿No puede ella encontrar de un momento á otro algún destacamento de rebeldes que querrá vengar en ella la pérdida de un amigo ó de un hermano, ó bien apoderarse de ella para guardarla en rehenes?

—En cuanto á la reputación de la señorita Alejandra, no creo que nadie se atreva jamás á mancharla, porque es serena y pura como este hermoso cielo dorado —replicó Ignatiew con un verdadero entusiasmo; — en cuanto á su seguridad personal, vuestra observación, Pablo, es muy justa, y tendríais razón de hablar de ese modo si hubiera alguna banda de insurrectos en los alrededores. Pero sabéis

que no hay ninguna, y anteayer hemos hecho una batida en el bosque.

—A fe mía, querido Ignatiew, admiro vuestra calma. ¿No sabéis que esas malditas bandas de insurrectos salen de pronto como de debajo de tierra allí donde menos se les espera? Ved esta terrible canalla de Sankowski, que encontraréis un día en Mazovia, dos días después á los alrededores de Plock, y sesenta horas más tarde en el palatinado de Lublín; ved á Lelewel, á Boucza y á tantos otros; ved sobre todo á ese Mlotek, que nos lo señalan tan pronto á la izquierda como á la derecha, y que nunca lo hemos podido encontrar. Y admitiendo que perdonen la vida á mi hermana en el caso en que caiga entre sus garras, ¿suponeis que todos fueran galantes con ella?

Aquí el joven ruso se paró delante del capitán, y cogiéndolo por el botón de la casaca:

—¿No podrían permitirse con nosotros algunas pequeñas represalias? Les hemos dado algunas veces buenos ejemplos. Y vos mismo, mi juicioso capitán, ¿qué haríais? Decídmelo...

—Hablad por vos, Pablo Nebutoff —exclamó Ignatiew enojado de vergüenza y de cólera. — No me ha sucedido nunca el cometer acciones tan viles, y espero que no seré nunca tan desgraciado para que semejante infamia tache mi nombre.

—¡Ah! Es verdad; no sois un viejo del Cáucaso, querido —dijo Pablo dando una gran carcajada, — y no habéis oído las relaciones que contaba á sus oficiales el virrey, de ilustre memoria, Paskiewitch Erywanski... Pero, de todos modos, confesaréis que es muy imprudente que mi hermana continúe sus paseos, que mi padre se lo permita, y después el ponerse él en camino para ir á buscarla.

—Sobre este punto soy de vuestra misma opinión —respondió el capitán. — Pero mirad: lo que es por hoy al menos no les ha sucedido nada, porque desembocan de ese sendero cubierto y se adelantan hacia el camino.

Se acercó Pablo al parapeto, y percibió, en efecto, la pequeña cabalgata.

Alejandra, montada en un magnífico caballo negro, marchaba delante, al lado de su padre, con el cual parecía tener una conversación animada, á juzgar por sus gestos y la poca atención que ponía en cómo andaba su caballo. Detrás de ellos, á alguna distancia, cabalgaba un lacayo galoneado, y más lejos venían dos cosacos, trayendo entre ellos dos hombres harapientos y una mujer cubierta con un manto de colores chillones.

—¿Qué traen ahí, pues?... Prisioneros sin duda —dijo Pablo inclinándose para ver mejor. — ¿Será mi hermana la que los ha hecho prisioneros? Ella es muy capaz, y se muestra bastante amazona para eso. ¡A la guerra como á la guerra!

Su compañero no dijo nada; pero su brillante mirada, fija en la pequeña cabalgata, expresaba una singular mezcla de turbación y de inquietud.

—¡Ya estás aquí, aturdida! —gritó Pablo á su hermana en el momento que el grupo entraba en el puente levadizo de la ciudadela. — Es menester ser muy insensata para darnos todos los días inquietudes tan graves. ¡Ah! Si mi padre me creyese, no nos atormentaríais tanto tiempo aquí, y os marcharíais muy pronto, con una buena escolta, á Petersburgo, á casa de nuestra tía Taciana.

—Pero nuestro padre no te escucha, Pablo, y verdaderamente es una lástima —respondió Alejandra quitándose con ironía su sombrero y agitando su roja pluma hacia los dos espectadores del bastión. — En lugar de oír las homilias de tía Taciana y de leerle en eslavo los poemas de Lamonosoff, y acaricio y muelo á un papá excelente, voy á coger hermosas cosechas para mi herbario, y, en fin, convido al té, para esta noche, á dos brillantes oficiales de mi conocimiento.

Y la joven, inclinándose en su silla, puso el caballo al galope y fué á bajar la primera delante del gran pabellón que servía de habitación á la familia del coronel.

Los jóvenes se apresuraron á bajar, y llegando cerca del umbral, vieron que Alejandra ponía su mano sobre el brazo de su padre, pareciendo implorarle con un gesto gracioso.

No lejos de allí, los cosacos y los tres paisanos eran espectadores silenciosos de esta escena.

—¿Son prisioneros? —preguntó Pablo acercándose á su padre.

—Hasta ahora al menos no —respondió éste. — Los hemos encontrado de un modo algo brusco. Encontrándonos en el camino, estos individuos nos han mirado mucho tiempo, se han concertado en su lengua, y habiendo sabido por un criado que yo era el coronel Nebutoff, han dicho que tenían que hacerme una revelación importante.

—Y mi padre quiere hacer el honor á estos gitanos de concederles un momento de conversación,

en lugar de despedirlos como se merecen —dijo Alejandra riéndose.

—¿Cómo se puede dar crédito á lo que digan?

Son miserables gitanos... Conozco perfectamente á esta mujer, que nos ha hecho en casa de Alina Sawinska una noche de Carnaval las predicciones más cómicas... Tienen su saco exhausto sin duda, querido padre, y por un rublo van á daros los informes más maravillosos.

—No chanceemos demasiado, hija mía. Estas gentes van perpetuamente del cortijo al castillo, de pueblo en pueblo; pueden poseer informaciones numerosas y algunas veces exactas.

En tiempo de guerra no se debe desdeñar ningún detalle con tal que sea verosímil. ¿Qué decís vosotros, señores? Estoy listo para interrogarlos.

Los dos oficiales hicieron una señal de asentimiento, y en seguida replicó Alejandra con insistencia:

—Entonces, padre mío, continuaré pidiéndoo, como lo hacía hace un instante, el favor de asistir á este interrogatorio.

—No comprendo, hija mía, qué interés pueda tener para tí.

—¿Será tan curioso, padre mío, un interrogatorio de gitanos! ¿Creéis que tendréis informaciones? Tendréis frases cabalísticas, predicciones, exclamaciones en que la dominante será: «¡desgracia! ¡desgracia!» ¿Esqueyo no recuerdo la escena que nos ha representado en el baile de Alina?... Querido padre, dejadme que os acompañe; pensaré que asisto á un drama, y creo que estas buenas gentes son actores excelentes.

—Siento mucho contrariarte, querida hermana; pero hay algunos secretos muy preciosos para el oído de los comandantes y que no están destinados para los de las juvenes.

—¡En verdad, Pablo, que eres abrumador!

¿Te vas á mezclar en darle lecciones al coronel Nebutoff de prudencia y de disciplina militar? ¿Crees tú que yo haré daño á la seguridad del Estado cuando escuche los cuentos azules que estos vagabundos tienen que decirnos? Debes saber muy bien que soy capaz de guardar un secreto, porque no dejaré yo mi razón en el fondo de una copa de Champagne —añadió con una expresión burlesca.

El coronel Nebutoff vió que la frente de Pablo empezaba arrugarse y que iba á estallar una disputa; por eso, cediendo á su paternal debilidad por la voluntariosa Alejandra, dijo en seguida al joven:

—Pablo, he sabido que la batería núm. 9 no está ya en estado de servicio. ¿Quieres ir á visitarla y dirigir tú las reparaciones?

No hay nadie más que tú que puedas reemplazarme en esta tarea.

El joven se inclinó y se alejó, no sin un visible descontento.

—Vamos ven, obstinadilla —dijo entonces el coronel volviéndose hacia su hija.

Capitán Ignatiew, ¿queréis servirme de secretario? Ivan, traéme esa mujer y sus dos compañeros.

Todos fueron á una gran sala baja, donde se reunía algunas veces el consejo de oficiales. Una larga mesa cubierta de sarga verde ocupaba una de las extremidades; cerca de esta mesa había un sillón y algunas sillas de paja; dos ó tres mapas estaban colgados en las paredes; una cruz griega estaba enfrente de un retrato del Emperador, que se dibujaba en la pared desnuda.

Alejandra, entrando, acercó el sillón á su padre, tomó una silla para ella y fué á sentarse en un rincón; le brillaban los ojos con extraña curiosidad. El capitán arregló sobre la mesa una hoja de papel y una pluma, y se colocó á cierta distancia del coronel. Un cosaco trajo á los tres gitanos, y se retiró hacia la puerta.

Casi no se veía á Alejandra, escondida silenciosamente en la sombra, porque el día iba declinando.

—¿Cuál es el motivo que os hace venir aquí? —preguntó el coronel en alta voz, considerando á los individuos que se presentaban ante él.

—Habla, hermano; tú eres el mayor —dijo uno de los gitanos empujando al otro con el codo.

—El primer motivo que tenemos es la venganza —dijo entonces este último; — los que nos han hecho daño son demasiado poderosos para que podamos vengarnos por nosotros mismos. No tenemos otro recurso que el de denunciarlos.

—¡Ah! ¿Se trata de denuncia? —replicó el coronel. — Veamos primero, buenas gentes, si vuestras denuncias son admisibles. ¿De quién queréis vengaros?

—De los insurrectos, mi coronel; de los malditos polacos, de esos hermosos caballeros que quieren ser libres y niegan á los demás la libertad, que piden que se les quiten sus cadenas y que encadenan á los pobres como esclavos, como osos, como perros...

Otras veces nos dejaban aún vivir, pagaban nuestros bailes, nuestras canciones, las recetas de hermosura que componían nuestras mujeres y los ungüen-

tos que hacíamos para sus caballos... Y además, por lo regular, no eran muy cuidadosos, y los pobres gitanos podían de cuando en cuando regalarse con alguna res olvidada en los campos. Pero, ¡bah! Ahora no bailan y no cantan más; guardan todos sus animales para el campo y se han puesto á hacer la guerra... Desde el momento que nos han ofendido y no nos dan con qué vivir, podemos vengarnos atrevidamente. Si queréis, señor coronel, tendréis una banda de ellos pasado mañana.

Aquí el capitán Ignatiew, que había estado inclinado sobre la mesa, se levantó de pronto y consideró al gitano con atención, rizando al mismo tiempo su bigote.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Análisis del aceite. — Los varios medios que emplean los industriales de mala fe para adulterar el aceite de olivas, dan interés al conocimiento de los siguientes procedimientos que aconseja la *Chemiker Zeitung* para averiguar su grado de pureza, y conocer la incorporación de algunas de las sustancias

más usualmente empleadas para falsificar el aceite puro.

Para ello se mezclan 96 gramos del aceite que se quiere analizar con ocho gramos de nitrato mercurial, agitándose la mezcla cada diez minutos durante dos horas; dejándolo luego reposar unas doce horas, aparece un producto en estado sólido, de color amarillo pálido si el aceite era puro, ó de color naranja ó rojo pardusco y sin consistencia en el caso contrario.

La presencia del aceite de sésamo se reconoce mezclando dos partes del aceite que se ensaye con una de ácido clorhídrico puro de 22° Baumé, en el que se haya disuelto previamente 0,05 á 0,10 de azúcar, agitándose la mezcla á una temperatura de 20° á 25°; dejándolo reposar se separa el aceite del ácido, y el de sésamo adquiere un tinte rojo, y cuanto más intensa es la coloración, mayor cantidad existe de aceite de sésamo.

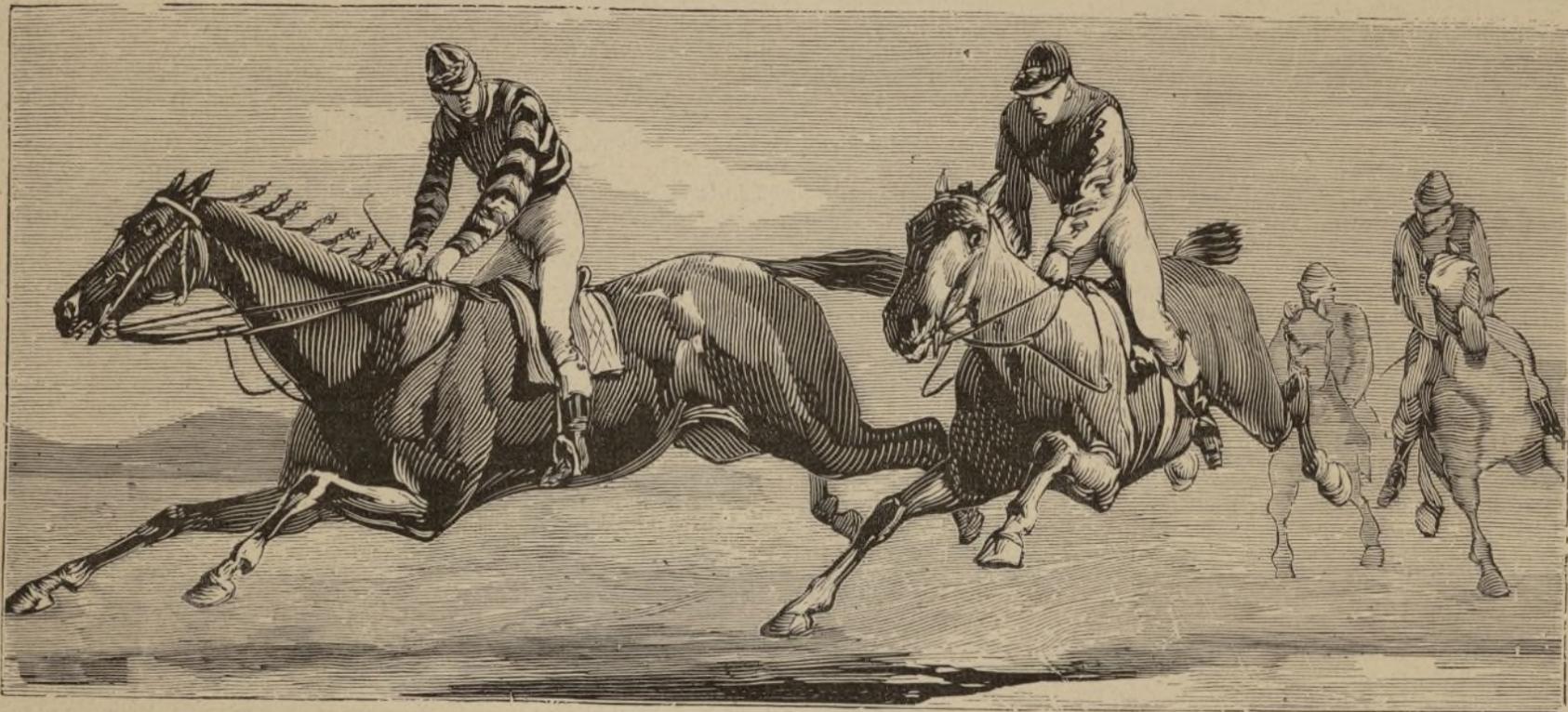
El aceite de cacahuet se conoce por la diferencia del punto de fusión de los ácidos grasos sólidos de éste y del de oliva; el ácido que contiene el cacahuet no se funde sino á los 75°, mientras que los que contiene el aceite de oliva lo verifican á 60°. Para ello se saponifica en una cápsula de porcelana 300 gramos del aceite analizable, se descompone el jabón por medio de un ácido débil, dejando que

por enfriamiento se solidifiquen los ácidos grasos, que luego se secan comprimiéndolos entre papel de filtros.

Los ácidos que quedan se disuelven en la menor cantidad posible de alcohol, dejándolos luego cristalizar para ser prensados de nuevo. Las masas cristalinas, de las que una parte de los ácidos más fusibles queda disuelta en el alcohol, se lavan con agua hirviendo, y se determina la temperatura á que se funde. La precipitación y el lavado con el alcohol se repite varias veces, hasta conseguir que permanezca invariable en punto de fusión de los ácidos grasos obtenidos, lo cual suele obtenerse á las tres ó cuatro operaciones.

También suele adulterarse el aceite común con la adición del de algunas semillas de crucíferas; pero éstas suelen contener azufre, cuya presencia se acusa fácilmente tratando el aceite por una disolución de 2 gramos de sosa cáustica en 30 gramos de agua destilada; elevando la temperatura del conjunto hasta la ebullición, y removiendo el líquido con un objeto de plata, éste se cubre de manchas negras de sulfuro de aquel metal, que se forman si había azufre en el aceite.

Medio de impedir las filtraciones en los depósitos de agua. — Para impedir la filtración de agua y hume-



LAS CARRERAS DE CABALLOS.

dad consecutiva de los muros de albañilería, se les da una disolución de jabón, y sobre esta capa una de sulfato de alumina. Repitiendo varias veces esto se obtiene un positivo resultado, como se ha visto en Nueva York, con depósitos de más de 30 pies de altura, construídos hacia seis años.

El Niágara transformado en corriente eléctrica. — Ante la idea de convertir ese gran río en motor eléctrico, se ha calculado que la fuerza total desarrollada por las cascadas del Niágara es de 7.000.000 de caballos.

La instalación necesaria para utilizar esta fuerza y transformarla en electricidad, transportándola en un radio de 500 millas, costaría, según se cree, 25.000 millones de francos.

Medicamentos nuevos. — *El Hamamelis Virginica.* — El hamamelis Virginica (Dujardin Beaumetz. — Société de Thérapeutique) se emplea con frecuencia en América, por poseer una acción específica sobre la circulación venosa, y en particular sobre la pared muscular de las venas. Constituirá un buen medicamento en los casos de hemorroides, várices y hemorragias. — MM. Dujardin Beaumetz, Campardón, H. Geneau de Mussy, lo han empleado con éxito. La tintura parece ser la preparación más activa.

Lippia Mexicana. — Recomendado por el doctor Mora como expectorante de primer orden. Una cucharada de las de café de extracto acuoso.

Cáscara amarga, Baroba, Berberis aquifolium. — (Dr. Throling, de Méjico.) Medicamentos tónicos y

alterantes empleados con éxito contra los accidentes secundarios de la sífilis.

Hidrato de terpileno ó agua ozonizante. — Propuesto por Mr. Bourrier para reemplazar las corrientes de las pilas en la producción del ozono. Esta sustancia, que tiene la propiedad de condensar el oxígeno, se obtiene destilando en el vacío, y á la más baja temperatura posible, las resinas del pino marítimo.

Se obtiene de este modo trementeno, que se mezcla interiormente con cierta cantidad de agua destilada, y se le hace absorber al líquido oxígeno á saturación.

Este producto posee entonces un poder desinfectante pronunciado que hace se emplee en higiene y en terapéutica.

Mr. Ed. Labbé le ha experimentado con éxito en la tisis.

Las nueces de cola (Herculia hacinata). — Originada en las regiones tropicales de Africa, la nuez de cola es considerada por los indígenas como tónica y afrodisiaca. Posee una fuerte proporción de cafeína, theobromina y tanino.

Mr. Dujardin Beaumetz ha presentado varios ejemplares á la Sociedad de Terapéutica, y ha obtenido excelentes resultados en la diarrea crónica. Se puede emplear en la asistolia como tónico del corazón, y en gran número de afecciones adinámicas.

Infusión (15 gramos de cola tostada por una taza de agua).

Tintura de cola no tostada, una cucharada de postre.

Antipyrina. — Alcaloide artificial obtenido por el Dr. Huor (de Herlangen). — Derivado de la quino-

lina, la antipyrina descende la temperatura y disminuye el pulso; la acción es análoga á la de la quinina. Dosis de 4 á 6 gramos en tres tomas durante el día.

Borato de quinina. — Experimentado en Alemania como sucedáneo de la quinina en ciertos casos. Tres gramos en dos ó cuatro horas, tomados á la dosis de 50 centigramos, ó un gramo cada media hora ó cada hora.

Estos diversos medicamentos es necesario estudiarlos expertamente y en un medio favorable. No se encuentran aún en las farmacias, y por lo mismo será difícil que los prácticos se puedan servir de ellos actualmente. Daremos á conocer á nuestros lectores los resultados que se obtengan en los ensayos que se hagan.

(Le Moniteur Thérapeutique.)



La señora doña Clara Marzal de Jiménez, madre del piadoso Padre Escolapio D. Rafael Jiménez del Consuelo, ha fallecido santamente en Alcira. Aunque por su acrisolada fe y sus virtudes estará gozando de Dios, rogamos á nuestros lectores que la encomienden en sus oraciones.

A su hijo, que se apellida del Consuelo, no ha de faltarle la resignación que Dios envía á las almas que le pertenecen.